

Olivia Gosselt

33



El Grillo

REVISTA ESCOLAR DEL CONSEJO NACIONAL DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y NORMAL
MONTEVIDEO — URUGUAY

REVISTA ESCOLAR DEL CONSEJO NACIONAL DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y NORMAL

Director:

Carlos Alberto Garibaldi

Colaboran en este número:

Verdad Risso de Garibaldi, Electra Vilaboa de Bianchi, Nilda Novo, Jorge Chebataroff, Álvaro Figueredo, Serafin J. García, Hugo Rodríguez, Dr. Federico J. Salveraglio, Fernán Silva Valdés, Juan Antonio Vázquez y Daniel D. Vidart.

Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal:

Presidente: Sr. Oscar Secco Ellauri.
 Vicepresidente: Sr. Nicasio H. García.
 Vocal: Sra. Blanca Samonati de Parodi.
 " Sr. Felipe S. Abella.
 " Sr. Enrique Santías.
 Secretario: Sr. Alberto E. Lezama.
 Prosecretario: Sr. Raúl Lecumberry.

Ilustran:

Maria Mercedes Antelo, Elsa Carafí de Marchand, Bell Clavelli de Oliveras, Eduardo Amézaga, Anheló Hernández, Edgardo Ribeiro, Jorge Carrozzino y Mario Spallanzani.

Portada: *La vendedora de cerillas.*
 (Ilustración del cuento de Andersen) por Nélida Techera. 12 años.

SUMARIO

Sadko, el mercader. (Cuento del folklore ruso).

Literatura nacional: Historia de dos cachorros de coati y de dos cachorros de hombre. Cuento de Horacio Quiroga.

Historia nacional: Idiosincrasia del gaucho oriental.

Geografía del Uruguay: La Gruta del Palacio.

Por el mundo vegetal: Plantas acuáticas.

Crónicas uruguayas: La corrida de sortijas.

Páginas nuestras: El tropero.

Riquezas de América: El guano.

Por el mundo sideral: Los cometas.

Los grandes hombres de la humanidad: Benjamin Franklin.

Esculturas de José Belloni.

Pinturas de Henri Matisse: Ventana en Niza. Anémonas y mujer, armonía azul.

La expresión del niño: Dibujos infantiles.

Defensa de la salud: La poliomielitis o parálisis infantil.

Por el folklore guaraní: El tatú, el tapir y el yacaré.

Poesía para niños.

De nuestra flora: El plumerillo.

Al niño campesino: El camino.

Artistas del Uruguay: Horacio Quiroga. José Belloni.

Por tierras de América: Aspectos de Nueva York.

Geografía de América del Sur: El Valle Longitudinal Chileno.

Historia americana: El Congreso de Angostura.

Historia de los animales domésticos: La oveja y la cabra.

Pueblos famosos de la antigüedad: Los chibchas.

Leyendas del folklore chino: La rosa azul.

Espejo del mundo: Los icebergs. Plantas originarias de Méjico. Los vientos monzones. Derivados de la madera. Lagos crátericos.

Entretencimientos.

Arte del antiguo Perú: Motivo ornamental de la cerámica peruana.

MONTEVIDEO — URUGUAY

Edición fuera de comercio.

Los derechos de propiedad artística, literaria y características gráficas de "El Grillo", son reservados y pertenecen al Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal. Está prohibida la reproducción, traducción o adaptación de sus materiales para todos los países.

Sadko el mercader

Cuento del folklore ruso

MUCHOS años ha, vivía en la libre ciudad de Novgorod un hermoso joven, cuyo nombre era Sadko. De bolsillo andaba ligero. Toda su fortuna consistía en su cabello rizado, sus ojos azules y su laúd de madera de sauce, de cuyas doradas cuerdas arrancaba dulces melodías. Siempre que un noble caballero celebraba una fiesta, era llamado Sadko para cantar las antiguas leyendas. Cuando un mercader casaba a su hija, Sadko tocaba para que la novia bailase. Le daban por su trabajo comida, bebida y una paletada de paja donde reposar su cabeza. Todas las jóvenes se burlaban de su túnica gastada y le decían: "¿Quieres bailar, Sadko? Danza con las cañas que crecen a la orilla del río, que no se fijarán en lo roto de tu traje". La mayor parte de las noches paseaba por las orillas del río Volga y cantaba su hermosura. Decía a las aguas: "No hay doncella en la gran ciudad de Novgorod, mi amado Volga, cuya belleza pueda ser comparada con la tuya".

Pasaban los años y Sadko seguía cantando al río. Un día que estaba sentado a la orilla, mientras la luna plateaba las aguas, surgió un remolino en el lugar más iluminado, como si alguien hubiera lanzado allí una piedra. Cada vez se hacía mayor la circunferencia, hasta que, al fin, apareció sobre las aguas una cabeza venerable, de ojos verdes y barba copiosa, de la cual colgaban hierbas marinas y brillantes cristales. Por ello supo Sadko que tenía ante sí al poderoso Zar del Océano.

Dijole el Zar: "Siento por ti gran afecto, Sadko. Tus cantos, dedicados al río Volga, me conmueven. Alcanzarás tu recompensa si juras visitarme bajo el Océano Azul para que mi Zarina pueda oír las melodías de tu laúd". Contestó Sadko: "Yo juro que te visitaré poderoso Zar, bajo el Océano Azul para que tu Zarina pueda oír mi laúd". "Echa entonces tu red de pescador y lo que saques con ella será el regalo que yo te hago" — dijo el Zar, y desapareció bajo las aguas, tras un nuevo remolino como el que hacen las piedras al caer, y aquel lugar quedó tan quieto como si todo hubiese sido un sueño. Sadko echó sus redes al agua y sacó en ellas un cofre de roble. Al abrirlo quedó maravillado; tenía ante sus ojos un tesoro en oro, plata, perlas, rubíes y esmeraldas. Esmeraldas tan bellas que brillaban como una llama viva al fulgor de la luna.

Sadko se volvió a la ciudad, donde traficó con su fortuna. Así multiplicó y acrecentó sus riquezas. Seguía, sin embargo, paseando por las noches a la orilla del río Volga, cantando sus alabanzas y diciéndole a las aguas: "No hay doncella en toda la gran ciudad de Novgorod,

amado Volga, cuya belleza pueda compararse con la tuya." Mas el Zar del Océano no volvió a aparecer.

Durante doce años

Sadko viajó por el Océano, traficando con lejanos países. Al fin, alcanzó tantas riquezas, que nadie reunía las que pudieran cambiarse por ellas. En efecto, compró todo lo que las gentes venden en el mercado o acumulan en las arcas, hasta que no quedó nada que pudiera ser adquirido. Mandó a sus marineros que cargaran los galeones y, cuando lo hubieron hecho, exclamó: "Timoneles, levantad las anclas, desplegad las velas y hagámonos a la mar." La flota de galeones zarpó. El primero de ellos parecía llevar con orgullo a Sadko, el mercader de Novgorod. Así viajaron un día y una noche. En la tarde del tercer día, se vieron obligados a detenerse por la violencia del mar. Sadko exclamó: "Hermanos, echad las sondas, medid la profundidad del agua y decidme si hemos dado con rocas escondidas o traidores bancos de arena." Los marineros obedecieron y midieron el fondo, mas sin encontrar rocas ni traidores bancos de arena. Sadko

llamó a los timoneles de su flota. Les ordenó que se reunieran en su galeón con todos los marineros. Cuando se hubieron reunido les dijo: "Yo deseo que llenéis una medida con plata y otra con perlas finas para ofrecerlas en nombre de Sadko al poderoso Zar del Océano. Durante doce años he viajado sobre sus aguas sin pagarle ningún tributo, y por eso creo que se ha encendido su ira contra mí."

Los marineros llenaron una medida con plata, otra con oro, otra con perlas finas, y las tiraron al agua. Mas ésta devolvió los regalos diciendo:

"Sadko, el Zar no pide oro, mas si una vida humana. Que en un tronco

de pino cada navegante escriba su nombre y el de sus padres". Fue ejecutada la orden y los troncos rotulados flotaban sobre las aguas como patos. Mas el tronco de Sadko el mercader de Novgorod, se hundió en la profundidad del mar. Sadko exclamó: "No sirve la madera de pino. Traedme troncos de roble y que cada marinero escriba en uno su nombre y los de sus padres." Así se hizo y todos los nombres volvieron a flotar como patos sobre el agua. El de Sadko, se hundió en lo más profundo del mar. Exclamó Sadko una vez más: "No sirve la madera de roble. Traed cipreses." Trajeron, pues, cipreses y todos escribieron su nombre en la madera. Echaron los troncos al agua y sólo el de Sadko, se fue al fondo como plomo. Sadko exclamó: "Lo que no puede ser evitado debe mirarse de frente; seguiré a mi nombre que lo llama desde el fondo del Océano Azul."

Puso sobre sus espaldas su abrigo de armiño. Lle-



vaba en su mano izquierda unas medidas de perlas perfectas. En su mano derecha llevaba el laúd, cuyas cuerdas doradas murmuraban cosas de lejanos países. Los marineros echaron a Sadko sobre las olas y el viento empujó las velas llevándose los galeones lejos. Sadko se hundió hasta el fondo del mar, más bajo aún que los arrecifes de coral. Vio pasar monstruos marinos, brillar el cuerpo de un delfín y, detrás de una roca, una sirena. Al fin distinguió un palacio de cristal verde, con adornos de jaspes y puertas de esmeralda. Entró Sadko en el palacio y se encontró con el Zar del Océano, sentado en su trono, con su bella Zarina al lado. Gritó con voz estruendosa: "Poderoso Zar del Océano, ¿por qué me has llamado?" Este frunció sus cejas con ira y contestó: "¿No juraste a la orilla del río Volga que vendrías a visitarme? ¿No te recompensé por ello con riquezas? Durante doce años has viajado por los mares, sin ocuparte de tu juramento. Ahora te he traído aquí contra tu voluntad y tocarás hasta que te mande que ceses de hacerlo" Sadko tocó su laúd y el

Zar se alegró como si el sol hubiese salido a iluminar un paisaje sombrío. Se levantó, colocó sus manos sobre sus fuertes caderas y se puso a bailar al compás del laúd. Pasó una hora, dos, tres. Los movimientos del Zar eran lentos y graciosos; otras veces rápidos y locos, pero seguía bailando sin cansarse, mientras Sadko tocaba infatigablemente. Cuando hubo bailado el Zar durante tres horas, dijo la Zarina a Sadko: "Os ruego que rompáis vuestro laúd. No sabéis el peligro que encierra, pues si el Zar quiere bailar siempre, ¿quién es capaz de contradercirle? Si lo hace sobre las olas las convertirá en verdaderas montañas, y entonces los barcos más intrépidos serán sepultados por las aguas y perecerán los marineros". Sadko obedeció la orden de la soberana, rompió su laúd de madera de sauce y arrancó sus cuerdas de oro. El Zar gritaba: "Sigue tocando, mercader de Novgorod. No quiero que ceses." Sadko contestó: "No puedo tocar ya. La madera de mi instrumento se ha estropeado; sus cuerdas están rotas y sólo en Novgorod me lo podrán componer."

Tan encantado estaba el poderoso Zar con la música y el baile, que miró a Sadko con simpatía y acabó por darle los tesoros que abundan en el fondo del Océano Azul. Al fin, le dijo: "¿Quieres casarte, Sadko?"

Sadko contestó: "Sí, Majestad, pero no tengo prometida."

Replicó el Zar: "Yo tengo muchas hijas, y puesto que has traído la alegría al corazón de su padre, puedes elegir entre ellas tu prometida." Y las llamó a su presencia.

La Zarina dijo al mercader: "Has obedecido mis deseos, mercader de Novgorod. Quiero aconsejarte. No elijas tu prometida entre el primer grupo de hermosas doncellas que el Zar traerá ante ti, ni te decidas cuando veas el segundo. Del tercero no elijas una hermosa joven, blanca como la leche y rosa como las flores. Mas si quieres ver de nuevo la brillante luz del sol, decídetelo por la que se esconda detrás de sus hermanas, de tez morena y de estatura baja."

El Zar vino a la cabeza de un grupo de hermosas doncellas y dijo: "Elige entre estas jóvenes una prometida a tu gusto". Sadko contestó: "Entre todas, aunque son muy hermosas, no encuentro ninguna que me agrade." El Zar llamó al segundo grupo y pidió de nuevo a Sadko que eligiera su novia entre ellas. Contestó Sadko: "Entre todas ellas, a pesar de su belleza, no encuentro ninguna que me agrade." El Zar volvió por tercera vez con el último grupo: "Elige ahora, Sadko, una prometida según tu deseo,



pues te he presentado a todas mis hijas y una de ellas ha de ser tu esposa”.

Sadko las miraba a medida que pasaban, y puso su mano sobre la que se escondía detrás de sus hermanas, de tez oscura y baja de estatura. Dijo: “Esta muchacha me agrada”. El Zar le dio la doncella por esposa, con una dote de plata, oro y perlas perfectas. Fue conducido Sadko a una cámara espaciosa para descansar, y en cuanto se hubo acostado se puso a soñar. Se despertó a la orilla del Río Volga, iluminado por un hermoso sol. Sadko tenía todos sus tesoros amontonados a sus pies. Pero la hija del poderoso Zar del Océano había desaparecido. El mercader estaba nuevamente en la gran ciudad de Novgorod.

Durante doce largos años, los bajeles de Sadko subieron y bajaron el curso del Volga, favorecidos por vientos y mareas. Su comercio florecía; nunca mala fortuna vino a turbarle. Pero Sadko tenía deseos de volver a contemplar la gran ciudad de Novgorod. Echó al agua pan y sal y exclamó: “Te echo este tributo, padre Volga, que has favorecido a mis bajeles durante doce largos años, con vientos y mareas. He prosperado y florecido y ninguna mala fortuna ha turbado mi paz. Ahora quisiera volver a Novgorod, donde estuve en mi juventud”. El río contestó: “Vé, digno mercader, y cuando llegues a la torre que está en las puertas de la ciudad, saluda a mi hermano Ilme en mi nombre”. Sadko viajó hasta Novgorod, y cuando llegó a las puertas de la ciudad, donde

está la torre, hizo un saludo al lago Ilme, diciéndole: “Eres poderoso, Ilme; te saludo en nombre de tu hermano Volga y te saludo también en nombre de Sadko, mercader de Novgorod.”

Un joven saltó entonces sobre la orilla, y exclamó: “Te agradezco tus saludos, amigo, mas quisiera saber cómo has ganado el favor de Volga”. Sadko contestó: “Durante doce largos años le he seguido sin protesta. Navegué desde donde nace, hasta que desemboca en Astrakán. El me ha favorecido con vientos y mareas y le he pagado tributo”. El muchacho replicó: “Vete a Novgorod y vuelve esta noche, trayendo contigo tres pescadores y tres redes. Haz que echen sus redes en mis aguas, y yo te recompensaré por el amor que has profesado a mi hermano.”

Sadko volvió por la noche con tres pescadores y tres redes. Echaron los aparejos y, al recogerlos, en el primero había peces blancos como la nieve, en el segundo, peces de color rojo vivo, y en el tercero, otros de colores variados, que brillaban a la luz

de la luna. Sadko cogió el regalo de Ilme y lo enterró en una caverna, bajo la tierra, cerrándola con gruesas barras de hierro y colocando un centinela para guardar el tesoro. Durante tres días no lo miró; mas al cuarto día descorrió los cerrojos de la caverna y abrió sus puertas de par en par. ¡Oh, sorpresa! Los peces blancos estaban convertidos en monedas de plata, los rojos en oro, los de varios colores eran perlas maravillosas que brillaban a la luz de la luna. Sadko, en pie a la orilla del Ilme, saludó profundamente y dijo: “Gracias te doy, padre Ilme, por el tesoro de oro, plata y perlas maravillosas que me has regalado.” El Ilme contestó: “Está bien, Sadko. Sé feliz con tus riquezas y prepara un festejo a la ciudad de Novgorod para que conozca la nueva gloria que encierra.” Sadko hizo lo mandado por Ilme. Hubo festejos en Novgorod durante tres días y tres noches, mientras Sadko repartía las inmensas riquezas de allende los mares.

DE “CUENTOS Y LEYENDAS DE LA VIEJA RUSIA”.

Versión al cuidado de Verdad Rizzo de Garibaldi.



Historia de dos Cachorros de Coati



HABÍA una vez un coati que tenía tres hijos. Vivían en el monte. Una vez que los coaticitos fueron un poco grandes, su madre los reunió un día arriba de un naranjo y les habló así: —“Coaticitos, ustedes son bastante grandes para buscarse la comida solos. Deben aprenderlo, porque cuando sean viejos andarán siempre solos, como todos los coatíes. El mayor de ustedes, que es muy amigo de cazar cascarudos, puede encontrarlos entre los palos podridos. El segundo, que es gran comedor de frutas, puede encontrarlas en este naranjal. El tercero, que no quiere comer sino huevos de pájaros, puede ir a todas partes, que en todas partes los hay; pero que no vaya nunca a buscar nidos al campo, porque es peligroso. Hay una sola cosa a la cual deben tener gran miedo: son los perros. Yo peleé una vez con ellos, y sé lo que les digo; por eso tengo un diente roto. Detrás de los perros vienen siempre los hombres con un gran ruido que mata. Cuando oigan cerca este ruido, tírense de cabeza al suelo, por alto que sea el árbol. Si no lo hacen, los matarán con seguridad de un tiro”.

Así habló la madre. Todos se bajaron, entonces, y se separaron caminando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si hubieran perdido algo, porque así caminan los coatíes.

El mayor, que quería comer cascarudos, buscó entre los palos podridos y encontró tantos, que comió hasta quedarse dormido. El segundo, que prefería las frutas a cualquier cosa, comió cuantas naranjas quiso, porque aquel naranjal estaba dentro del monte, y ningún hombre vino a incomodarlo. El tercero, que era loco por los huevos de pájaro, tuvo que andar todo el día para encontrar únicamente dos nidos: uno de tucán, que tenía tres huevos, y uno de tórtola, que tenía sólo dos. Total,

cinco huevos chiquitos, que eran muy poca comida; de modo que al caer la tarde, el coaticito tenía tanta hambre como de mañana, y se sentó muy triste a la orilla del monte. Desde allí veía el campo, y pensó en la recomendación de su madre. —“¿Por qué no querrá mamá — se dijo — que vaya a buscar nidos en el campo?”. Estaba pensando así, cuando oyó, muy lejos, el canto de un pájaro. —“¿Qué canto tan fuerte!” — se dijo admirado. —“¿Qué huevos tan grandes debe de poner ese pájaro!”

El canto se repitió. Y entonces el coati se puso a correr por entre el monte, cortando camino, porque el canto había sonado muy a su derecha. Lejos vio la casa de los hombres. Vio también un pájaro muy grande que cantaba, y entonces se golpeó la frente y dijo: —“¿Qué zonzó soy! Ahora ya sé qué pájaro es ese. Es un gallo; mamá me lo mostró un día desde arriba de un árbol. Los gallos tienen un canto lindísimo y tienen muchas gallinas que ponen huevos. ¡Si yo pudiera comer huevos de gallina!...”

Durante un rato, el coaticito se acordó de la recomendación de su madre. Pero el deseo pudo más, y se sentó a la orilla del monte, esperando que cerrara la noche, para ir al gallinero. La noche cerró por fin y entonces, en puntas de pie y pasó a paso, se encaminó a la casa. Llegó allá y escuchó atentamente; no se sentía el menor ruido. El coaticito, loco de alegría porque iba a comer cien, mil, dos mil huevos de gallina, entró en el gallinero, y lo primero que vio bien en la entrada, fue un huevo que estaba solo en el suelo. Pensó un instante en dejarlo para el final, como postre, porque era un huevo muy grande; pero la boca se le hizo agua, y clavó los dientes en el huevo. Apenas mordió, ¡TRAC!, un terrible golpe en la cara y un inmenso dolor en el hocico. —“¡Mamá, mamá!” — gritó, loco de dolor, saltando a todos lados. Pero estaba sujeto, y en ese momento oyó el ronco ladrado de un perro...

Mientras el coati esperaba en la orilla del monte que cerrara bien la noche para ir al gallinero, el hombre de la casa jugaba sobre la gramilla con sus hijos, dos criaturas rubias de cinco y seis años, que corrían riendo, se caían, se levantaban riendo otra vez, y volvían a caerse. El padre se caía también, con gran alegría de los chicos. Dejaron por fin de jugar porque ya era de noche, y el hombre dijo entonces: —“Voy a poner la trampa para cazar a la comadreja que viene a matar los pollos y robar los huevos”. Y fue y armó la trampa. Después comieron y se acostaron... Pero los chicos gritaron:

—“¡Papá! ¡Ha caído la comadreja en la trampa! ¡Tuké está ladrando! ¡Nosotros también queremos ir, papá!”.

Fueron. ¿Qué vieron allí? Vieron a su padre que se agachaba, teniendo al perro con una mano, mientras con la otra, levantaba por la cola a un coati, un coaticito que gritaba con un chillido rapidísimo y estridente, como un grillo. Pusieron al coati en una jaula, que estaba cerca del gallinero, y se acostaron todos a la vez. Y cuando era más de media noche y había un gran silencio, el coaticito, que sufría mucho por los dientes de la trampa, vio a la luz de la luna, tres sombras que se acercaban con gran sigilo. El corazón le dio un vuelco al reconocer a su ma-

de dos Cachorros de Hombre

dre y sus dos hermanos que lo estaban buscando. —“¡Mamá, mamá! — murmuró el prisionero en voz muy baja para no hacer ruido. —“¡Estoy aquí! ¡Sáquenme de aquí! ¡No quiero quedarme, ma...má!” Y lloraba desconsolado.

Pero a pesar de todo estaban contentos porque se habían encontrado, y se hacían mil caricias con el hocico. Se trató en seguida de hacer salir al prisionero. Entonces la madre dijo: —“¡Vamos a buscar las herramientas del hombre!”

Fueron al taller del hombre y volvieron con la lima. Creyendo que uno solo no tendría fuerza suficiente, sujetaron la lima entre los tres y empezaron el trabajo. Y se entusiasmaron tanto, que al rato la jaula entera temblaba con la sacudida y hacía un terrible ruido. Tal ruido hacía, que el perro se despertó, lanzando un ronco ladrido. Mas los coaties no esperaron a que el perro les pidiera cuenta de este escándalo y dispararon al monte dejando la lima tirada.

Al día siguiente, los chicos fueron temprano a ver a su nuevo huésped que estaba muy triste. Le dieron pan, uvas, chocolate, carne, langostas, huevos, riquísimos huevos de gallina. Lograron que en un solo día se dejara rascar la cabeza; y tan grande es la sinceridad del cariño de las criaturas, que al llegar la noche, el coati estaba casi resignado con su cautiverio. Pensaba a cada momento en las cosas ricas que había allí para comer, y en aquellos niños cachorritos de hombre, que tan alegres y buenos eran.

Durante dos noches seguidas, el perro durmió tan cerca de la jaula, que la familia del prisionero no se atrevió a acercarse, con gran sentimiento. Y cuando a la tercera noche llegaron de nuevo a buscar la lima para dar libertad al coaticito, éste les dijo: —“Mamá: yo no quiero irme más de aquí. Me dan huevos y son muy buenos conmigo. Hoy me dijeron que si me portaba bien me iban a dejar suelto muy pronto. Son como nosotros. Son cachorritos también y jugamos juntos”.

Los coaties salvajes quedaron muy tristes, pero se resignaron, prometiendo al coaticito venir todas las noches a visitarlo. Efectivamente, todas las noches, lloviera o no, su madre y sus hermanos iban a pasar un rato con él. Al cabo de quince días, el coaticito andaba suelto, y él mismo se iba de noche a su jaula. Salvo algunos tirones de orejas que se llevaba por andar muy cerca del gallinero, todo marchaba bien. Él y las criaturas se querían mucho, y los mismos coaties salvajes al ver lo buenos que eran aquellos cachorritos de hombre, habían concluido por tomar cariño a las dos criaturas. Hasta que una noche muy oscura, en que hacía mucho calor y tronaba, los coaties salvajes llamaron al coaticito y nadie les respondió. Se acercaron muy inquietos y vieron entonces una enorme víbora que estaba enroscada a la entrada de la jaula. Los coaties comprendieron en seguida que el coaticito había sido mordido al entrar. Corrieron entonces adentro, y allí estaba en efecto tendido, hinchado, con las patas temblándole y muriéndose. En balde los coaties lo movieron; lo lamieron en vano por todo el cuerpo durante un cuarto de hora. El coaticito abrió por fin la boca y dejó de respirar. Al verlo así, su madre y sus hermanos lloraron un largo rato. Después, como nada



más tenían que hacer allí, salieron de la jaula, se dieron vuelta para mirar por última vez la casa donde tan feliz había sido el coaticito, y se fueron al monte. Pero los tres coaties, sin embargo, iban muy preocupados, y su preocupación era ésta: ¿qué iban a decir los chicos, cuando, al día siguiente, vieran muerto a su querido coaticito? Los chicos le querían muchísimo, y ellos, los coaties, querían también a los cachorritos rubios. Así que los tres coaties tenían el mismo pensamiento, y era evitarles ese gran dolor a los chicos.

Hablaron un largo rato y al fin decidieron lo siguiente: el segundo de los coaties, que se parecía muchísimo al menor, en cuerpo y en modo de ser, iba a quedarse en la jaula. Como estaban enterados de muchos secretos de la casa, por los cuentos del coaticito, los chicos no conocerían nada; extrañarían un poco algunas cosas, pero nada más.

Y así pasó en efecto. Volvieron a la casa, y un nuevo coaticito reemplazó al primero, mientras la madre y el otro hermano se llevaban sujeto en los dientes el cadáver del menor.

Al día siguiente, los chicos extrañaron algunas costumbres raras del coaticito. Pero como éste era tan bueno y cariñoso como el otro, las criaturas no tuvieron la menor sospecha. Formaron la misma familia de cachorritos que antes, y, como antes, los coaties salvajes venían noche a noche a visitar al coaticito civilizado, y se sentaban a su lado a comer pedacitos de huevos duros que él les guardaba, mientras ellos le contaban la vida de la selva.

Idiosincrasia del gaucho oriental

EL campesino uruguayo, el gaucho propiamente dicho, educó su temperamento en los mismos obstáculos de la naturaleza ofrecidos abundantemente. En sus orígenes, las prácticas, los hábitos, fueron los que usaron los indios, con quienes convivió. Como ellos, los gauchos montaban a caballo, y eran diestrisimos en su manejo, por una larga práctica efectuada desde los primeros años de su niñez. Sus mentalidades debieron ser semejantes, y si la cruza del indio con blancos españoles y portugueses dio un tipo superior, el ambiente en el cual éste se formó, la inmensidad del campo, el acecho continuo contra el peligro de los animales salvajes, de los malevos de todas categorías, de las guardias armadas españolas y portuguesas, contribuirían a integrar las condiciones fundamentales de su carácter: el valor, el desprecio del peligro, la sobriedad, la dureza y resistencia ante las inclemencias y las fatigas. La vida errante, sin hogar fijo, a veces en los montes o cruzando largas distancias a caballo en la conducción de tropas o escapando a la persecución de partidas volantes que vigilaran la campaña, le dieron un conocimiento exacto del

terreno, y nadie como los gauchos, o los indios de quienes a menudo se valían, conocían mejor la senda escondida a través de las espesuras de los bosques, o el vado o la picada que daba paso a un río o a un arroyo.

De los aborígenes heredaron la vista, que les permitía distinguir desde muchas cuadras un jinete y saber quién era, por el andar del caballo o por un detalle cualquiera que para otros pasaría inadvertido. Su oído finísimo y el dominio del suelo que pisaban eran tales, que sus marchas en la oscuridad de la noche las ejecutaban sin perderse en el rumbo. Sus armas de pelea, sus prendas de uso personal, semejaban a las de los primitivos habitantes y, como éstos, empleaban las boleadoras y el cuchillo, con los cuales debían voltear y matar la res que les servía de alimento, o defenderse de una agresión. Por lo demás, el gaucho, como el charrúa, en la guerra usó idénticos recursos: el ardid, la emboscada, la guerrilla que avanza y retrocede y con la cual se hostiga de todos modos al enemigo.

...Cuando el país comenzó a poblarse y se organizaron las estancias, el gauchaje concurrió a esos estable-

cimientos participando en las tareas del campo... La forma en que desempeñaban su labor, precaria y accidental, el medio en que debió educarse sin sujeción a ninguna autoridad fuera de aquella que derivaba del respeto impuesto al más fuerte, sea el capataz o el caudillo local, hizo que el gaucho habituase su manera de ser a una propensión permanente hacia la resistencia contra cualquier acto que cercenase su libertad absoluta. Tuvo de ella, acaso por la facilidad con que cruzara a caballo las dilatadas campañas donde era dueño y señor, el concepto más ilimitado. Un sentimiento principal guió tan sólo su espíritu, y fue: el amor acendrado hacia el suelo en que nació y vivió, sentimiento confundido para él con la idea de una patria libre de cualquier dominación. Tal idiosincrasia explica ampliamente la rapidez y uniformidad de la sublevación del paisanaje uruguayo después de 1810 y su tesón indomable en las ardorosas y prolongadas luchas contra los españoles, porteños, portugueses y brasileños.

PABLO BLANCO ACEVEDO.
De "Lecturas de Historia Nacional",
por Alfredo Raúl Castellanos.





Geografía del Uruguay

LA GRUTA DEL PALACIO

EL agua de lluvia, una vez llegada al suelo, sigue generalmente tres caminos: parte de ella se evapora y regresa a la atmósfera; una fracción más o menos importante circula por la superficie del suelo y marcha, a veces, a grandes distancias, alimentando cañadas, arroyos, ríos o lagos, o llegando hasta el mar; la porción restante es absorbida por las raíces de las plantas o se infiltra dentro de la tierra, y forma a cierta profundidad, la llamada napa subterránea, que alimenta pozos y manantiales, y en la que circula el agua muy lentamente.

Oculto a nuestra vista, en un mundo subterráneo y oscuro, en donde apenas alcanza la influencia del calor que proporciona el sol, el agua infiltrada se desliza a través de materiales porosos o rocas fisuradas, y tiene un gran poder de disolución. Llega en algunos puntos a destruir parte del material atravesado, abriendo huecos que se van ampliando con el tiempo. Por ellos el agua cruza después de las lluvias con el mismo ímpetu de los arroyos, realizando una efectiva obra de desgaste. En las oquedades producidas, la humedad persistente y otros factores atacan las paredes y el techo, desprendiendo de ellos nuevas cantidades de material. Finalmente el espacio subterráneo excavado en las rocas alcanza las dimensiones de una cueva, de una caverna o

de una gruta. Las gotas de agua que se desprenden del techo abandonan en él algo del material que llevan en disolución, y si el proceso se repite millones de veces, se forman prolongaciones afiladas llamadas estalactitas que penden de lo alto; al caer la gota, deja en el piso algo del material que llevaba, y después de mucho tiempo, da lugar a las estalagmitas, que crecen lentamente, en sentido contrario a las estalactitas, con las cuales llegan a veces a unirse, formando curiosas columnas, las que dentro de aquel mundo subterráneo, resultan realmente fantásticas.

En nuestro país las aguas subterráneas han excavado algunas cuevas y grutas, pero desgraciadamente éstas carecen del extraordinario adorno de estalactitas y estalagmitas. Una de las más conocidas es la Cueva del Arequito, en el departamento de Lavalleja, creada por descomposición de una roca volcánica, debido a la acción de la humedad en la base de un cerro de pórfido, y luego ampliada por la circulación y erosión determinadas por las aguas de infiltración.

Otra formación algo distinta se halla en el departamento de Flores, y se conoce con el nombre de Gruta del Palacio. La porción frontal o "entrada" de la gruta presenta curiosas columnas, bastante regulares, que hicieron pensar en un principio que se trataba de una obra realizada por los

indígenas, por lo que se le llamó Palacio de los Indios. Sabemos con bastante seguridad que se trata de una obra de la naturaleza y no del hombre. Las aguas de infiltración han ido disolviendo y arrastrando el material constituyente de las partes más vulnerables, abriendo huecos alargados de arriba hacia abajo, que luego el simple pero paciente trabajo de la humedad se encargó de ampliar.

Actualmente una vista frontal de la Gruta del Palacio es un bello espectáculo. Poderosas columnas de forma cilíndrica soportan la masa del techo, bastante espesa, y todo el conjunto está constituido por una arenisca ferruginosa, de color rojizo. Las columnas no se han originado por lento crecimiento como consecuencia de exiguos pero repetidos depósitos de material disuelto, como ocurre con las estalactitas o estalagmitas, sino que han surgido como consecuencia de la creación de los huecos por la acción disolvente y de desgaste del agua de infiltración.

No han sido, pues, artistas humanos los creadores de la Gruta del Palacio, sino la naturaleza que, con el suave pero tenaz y constante cincel del agua, en un mundo sumido en la oscuridad, modeló esa curiosa obra, que debemos empeñarnos en conservar y respetar.

Jorge Chebataroff

Plantas Acuáticas



EN las márgenes fluviales, donde la devastación de la vegetación ribereña no ha tenido aún lugar, resulta con frecuencia difícil acercarse al agua, sobre todo en los remansos. Es que atraídas por la vital linfa, muchas plantas se han instalado en las orillas y se oponen, sin saberlo, a nuestro paso. Allí están los corpulentos sauces criollos que se miran en la tersa superficie del cristal líquido; allí se apretujan los sarandíes, el palo amarillo, el ceibo, el mataojo, formando un denso e infranqueable vallado de troncos y de ramas. Y todavía, para alcanzar el agua, falta a veces abrirse paso a través de los juncos, de la gramínea llamada paja mansa, de la totora y de la yerba de los cucharones, que surgen prácticamente del líquido y desaparecen de la vista en épocas de crecimiento.

Si la corriente no es muy fuerte, junto a la ribera de límite indeciso y oculto, crecen las sanguinarias o flotan los camalotes o los repollitos de agua, alargándose sobre la superficie de los arroyos la enramada de las tarariras. Y aún así, no se reduce a esto el mundo vegetal instalado junto a las orillas. La transparencia del agua permite vislumbrar grupos de algas adheridas al fondo, a las que se agregan numerosas especies de plantas que viven sumergidas, pero que en determinadas épocas elevan sus flores por encima de la superficie acuática.

Entre la maraña de estos vegetales ávidos de agua, se ocultan muchas especies faunísticas, que buscan allí su alimento.

En algunos charcos y remansos, la superficie líquida queda totalmente cubierta por las lentejas de agua, por la salvinia y por las azollas, que forman una verdadera alfombra protectora, de un verde muy extraño, acompañado por tonos rojizos o amarillentos. En las costas de los países tropicales, el cocotero y los mangles resisten la influencia del agua salada, y forman vastas agrupaciones litorales.

Hay plantas acuáticas que viven en lugares de corriente tranquila o en aguas estancadas; pero otras prefieren aferrarse a las rocas donde se precipitan las aguas de los torrentes o de las cascadas. En este último caso, ofrecen hojas alargadas, resbaladizas, y tallos muy resis-

tentes; cuando se trata de especies flotantes, las hojas y tallos tienen tejidos esponjosos que encierran aire, y que aseguran la flotación; en los camalotes el tallo se ensancha por esta causa en forma sensible. Las raíces son generalmente pequeñas o faltan prácticamente, y consisten en hojas modificadas. Los pelos, tan frecuentes en las plantas terrestres, principalmente en las que viven en lugares arenosos o pedregosos, faltan aquí casi por completo; también son escasos o ausentes los estomas, y aun las nervaduras de las hojas. Estas últimas se modifican si están destinadas a vivir sumergidas, teniendo a veces la misma planta dos tipos distintos de limbos foliares.

La propagación de los vegetales acuáticos se realiza, gracias al transporte de simientes y de partes enteras de plantas, por las corrientes. Pero a veces intervienen en esta operación las aves y otros animales que diseminan las semillas. Durante las crecientes, verdaderas islas de plantas acuáticas se ponen en movimiento y realizan grandes travesías; de este modo llegan al Río de la Plata los camalotes, repollitos de agua y salvinias arrastradas por las corrientes desde los ríos Uruguay, Paraná y aun del Paraguay. En el Amazonas y otros grandes ríos estas masas vegetales son enormes y suelen llevarse consigo, al desprenderse, serpientes, tapires, jaguares y, en algún caso, a indígenas desprevenidos, y ponen en peligro a las embarcaciones en su rápido e incontrolado avance.

LA CORRIDA DE SORTIJAS



Erribeiro - 56



ERA costumbre antigua de los vecinos del pago reunirse en la pulpería del vasco Olazábal, cada 25 de agosto, para celebrar la efemérides nacional con una gran corrida de sortijas, tradicional juego nativo que figuraba entre las diversiones predilectas del paisanaje, y que tenía siempre como corolario el animado baile que, por la noche, se realizaba en el salón del comercio.

Ese día don Gumersindo daba asueto al personal de la estancia para que pudiera disfrutar de la fiesta, a la que concurría también él con su familia, pues era un cultor ferviente y entusiasta de las costumbres criollas.

Recuerdo siempre la primera vez que presencié aquel hermoso y pintoresco espectáculo. Doña Ramona me invitó a ir en el carruaje, donde viajaría ella con Blanquita, Luisa y la negra Encarnación, llevando como cochero al indiecito Ruperto, que se repantigaba muy ufano en el pescante, orgulloso sin duda de la misión que se le había confiado. Pero yo preferí hacerlo a caballo, con los hombres. Y ensillando mi petiso colorado me coloqué junto a Fausto Ruiz, jinete en su lobuno, como de costumbre, y emprendimos al trotcito la marcha.

Cuando llegamos a la pulpería, que distaba unos cinco kilómetros de la estancia, era ya casi la hora de comenzar la fiesta. Un enorme gentío se apeñuscaba a ambos lados de la pista donde habría de efectuarse la corrida, y que consistía en una espaciosa parcela de campo plano, de cuarenta o cincuenta metros de extensión, en el centro de la cual se levantaba el "arco", formado por dos palos verticales y uno horizontal, sujeto

a los extremos superiores de aquéllos, y cuya altura no excedía a la de un hombre a caballo. De ese "arco" pendía el minúsculo gancho en el que se colgaban las sortijas.

Los mozos lugareños que tomarían parte en el juego, vestidos con sus mejores prendas, y jinetes en sus pingos de paseo, lujosamente aperados, a los que hacían cacarolear de puro presumidos para llamar así la atención de las muchachas, aguardaban la señal de comienzo reunidos en dos grupos, y colocados a ambos lados del arco en forma equidistante.

El vasco Olazábal, mientras tanto, con la ancha faja roja bien ceñida en torno al voluminoso vientre y la boina de igual color echada sobre una oreja, corría de un lado a otro tratando de satisfacer los numerosos pedidos de la concurrencia, que le solicitaba de continuo bebidas y comestibles.

Dos cantores forasteros que habían acudido expresamente a la reunión, payaban de contrapunto acompañándose con sus guitarras, y cada verso feliz que improvisaban, ya fuera en carácter de pregunta o de respuesta, era entusiastamente festejado por el nutrido auditorio.

Llegó por fin el momento de iniciar la corrida, y todas las miradas convergieron sobre los participantes. Efectuado el sorteo previo, y adjudicados a un grupo los números pares y al otro los impares, empezó el juego.

Inclinado sobre el lomo de su flete, y llevando en alto la mano donde portaba el delgado palillo, de unos veinte centímetros de largo, con que intentaría descolgar la sortija, partió como una saeta el jinete a quien correspondiera el número uno. Pero rozó apenas el aro, sin lograr su objetivo.

Del otro grupo emprendió carrera al punto el participante número dos, que tampoco tuvo éxito. Y así, alternándose, fueron probando fortuna los restantes. Cuando alguno de ellos, con mejor vista o pulso más seguro, se llevaba el premio, una estruendosa gritería y una gran salva de aplausos celebraba su triunfo. Y él entonces, satisfecho, iba a brindar la sortija a su novia o a la moza de su predilección, lo que significaba casi siempre el comienzo de un romance que, tarde o temprano, habría de acabar en matrimonio.

EL TROPERO

ENTRE todos los trabajos del gaucho, el más paciente, sacrificado y heroico fue el de tropero, o sea el conductor de tropas de ganado vacuno, especialmente de novillos.

Un día cualquiera, respondiendo a distintas causas que solían ser la abundancia de ganado en buen estado de gordura, o la necesidad de obtener dinero, en la estancia se "paraba rodeo" una madrugada; se realizaba el aparte, o la selección del ganado que estuviera gordo, y se hacía lo que se denominaba una tropa, o conjunto de animales que solían ser, antiguamente, entre cien y quinientos (a veces más aún). Formada o constituida esta tropa, luego de una noche o un día de descanso, era conducida, arreada, durante varios días, según la distancia del sitio hacia el cual se llevaba para ser vendida.

A este lugar, hacia el cual convergían las tropas de los distintos parajes del país se le llamaba, y se le continúa denominando, "La Tablada".

Según la cantidad de animales a conducir, el dueño de la estancia, mayordomo o capataz de la misma, designaba un número conveniente de peones o arreadores, los cuales, a las órdenes de un capataz de tropa, salían montados en sus caballos, llevando otros de repuesto, por la madrugada, antes de la salida del sol, comenzando de este modo el arreo o la "tropeada".

La marcha era lenta, muy lenta, para evitar el cansancio de los animales, no sólo por el animal en sí, sino porque la agitación produce pérdida de parte de la gordura de los mismos, cosa importante, ya que los animales se vendían al peso, operación que se realizaba en conjunto — como actualmente —, puesto que

se utiliza una enorme balanza capaz de pesar varias docenas de novillos a la vez. Pero esto se hacía en llevando los animales a su destino, o sea a Tablada. Las penurias del conductor o del tropero se sucedían a lo largo de ese trabajo de muchos días, arreando la tropa, siempre a la intemperie, en cualquier estación del

año, bajo los soles abrasadores del verano o los días helados del invierno, pasando las noches semidormido bajo el poncho, echado en su recado — que constituía su cama — a la luz de la luna y de las estrellas, o de los relámpagos durante las noches de tempestad.

En la marcha, varias veces al día



La tropa se detenía para comer, para beber, tanto los hombres como las bestias; y al llegar la tardecita, con los últimos rayos del sol, luego de haber elegido, el capataz, el lugar del ancho campo apropiado para el caso — cerca del agua de algún arroyo o río, por ejemplo — todos se disponían a pasar la noche. Se hacían varios fogones, desensillábanse los caballos y se soltaban o se ataban con largas sogas, para que comieran. Se hacían los comentarios relativos a

las peripecias o acontecimientos más significativos del día, entre mate y mate, luego se comía un churrasco, siempre sabroso, acompañado, a falta de pan, de la dura galleta, hasta el momento de dormir. Pero no todos dormían... había que hacer ronda al ganado, para cuidarlo, para que no ocurriera un desbande o una disparada, a cuyo fin se designaban uno o dos hombres — según el número de animales — los que velaban de a caballo haciendo la *ronda*. Ésta, solía

dividirse en tres o cuatro períodos, y cada peón designado realizaba lo que se llamaba su cuarto de ronda, hasta completar la noche, sacrificándose un poco cada uno. Había una clase de ronda que se hacía cuando el ganado era chúcaro, o cimarrón, o muy cerril, y por ende peligroso de cuidar y muy difícil de contener. Entonces, para que con sólo dos hombres alcanzara, se hacía la "ronda cruzada", porque ambos rondadores, al paso del caballo, lo hacían en sentido contrario, cruzándose, y por lo tanto teniendo siempre ambos, el ganado que le correspondía vigilar, a la vista.

La tropa marchaba guiada por un jinete que iba delante de ella, el cual recibía el nombre de "puntero". Éste, tenía que ser muy gaucho e ir muy bien montado, ya que marchaba rodeado de guampas y de bufidos.

Así andaba al tranco, con la vida en peligro, ya que si por cualquier emergencia quedaba desmontado, los novillos chúcaros lo ensartaban en sus astas, o simplemente le pasaban por encima, puesto que el ganado si respeta al centauro, no respeta al hombre de a pie. El puntero iba precedido por la tropilla, que obedecía al cencerro, o campana que lleva colgado del cuello la llamada "yegua madrina", a quien los caballos están acostumbrados a seguir. Otros iban arreando a los lados, y otros, con el capataz, a la culata o sea detrás de todos. El grito característico era el de ¡Jhopa-jhopa-jhopa! seguido por un ¡jha, jha, jhá! además de los silbidos y los cantos. Créese que al animal le agrada oír el canto monótono que lo acompaña, y por eso — según he oído decir —, pone atención en él, y "tumba la oreja"... lo cual no sé si será verdad, aunque merece serlo porque el caso es muy bonito, bonito el hecho y más aún el modo de expresarlo: "tumbar la oreja"...



EL GUANO



UNA característica de la costa andina del Perú es su aridez provocada por la ausencia de lluvias. Este hecho se debe a la existencia de la corriente peruana o de Humboldt, nombre del sabio alemán que visitó esa zona a principios del siglo XIX y que la descubrió.

Esta corriente, que se origina en los mares polares del sur, se dirige al norte, y desde el centro de Chile hasta casi el Ecuador, tiene una temperatura inferior a la del resto del mar y sobre todo a la de la costa arenosa caldeada por el sol.

Tal diferencia de temperatura es la causa de que los vapores de la atmósfera no se precipiten en lluvia sino que sólo se condensan en forma de neblinas. Por otra parte la cordillera se opone al paso de los vientos alisios que son portadores de humedad. Pero, por extraña consecuencia, este mal tiene una inesperada compensación, pues el efecto de la corriente de Humboldt es un fenómeno realmente curioso de la oceanografía.

La baja temperatura de las aguas y la presencia en ellas de elementos gaseosos y minerales favorece el desarrollo de abundante plankton vegetal. Este sirve de alimento a enormes cantidades de peces que, a su vez, son devorados por cantidad de pájaros marinos y litorales.

Las aguas frías bajo los trópicos son, pues, la causa indirecta de un prodigioso desenvolvimiento de la vida avícola a lo largo de las costas peruanas.

He aquí cómo, de uno de los motivos de la aridez de la costa, surge una nueva riqueza para el hombre: el guano.

Miles de aves marinas (cormoranes y alcatraces) tienen sus nidos en las islas situadas enfrente y muy cerca de la costa, como la Isla de Lobos, Chíncha y la de San Lorenzo frente a Callao.

La acumulación de espesas capas de los excrementos de estas aves constituye el guano, uno de los mejores y más renombrados fertilizantes.

Prueba de la importancia que éste tiene para el Perú es que esta república emitió, en 1936, un timbre postal con la figura de un cormorán sobre un nido con tres pichones y la inscripción: "Riqueza del Guano".

Ello nos da la pauta de la trascendencia que tiene el animal representado, en uno de los aspectos de la economía de la mencionada nación americana.

Las cualidades del guano como abono, y su utilización, son conocidas desde tiempos antiguos. Ya los incas, antes de la conquista española, conocían sus virtudes. Pero hasta el siglo XIX, el Perú no inició la exportación, principalmente hacia Estados Unidos y Europa.

Como la explotación se realizaba de una manera un tanto desordenada, las reservas acumuladas durante siglos sobre las áridas islas bañadas por la corriente de Humboldt amenazaban desaparecer. Ante ese peligro, el gobierno del Perú adoptó medidas para racionalizar la explotación, protegiendo los pájaros y efectuando la rotación anual de las zonas de extracción del guano.

El éxito de tal medida se traduce en que en la actualidad la producción anual oscila entre 100.000 y 200.000 toneladas.

Es la región guanera peruana, una manifestación de la naturaleza en su extraño y sorprendente encadenamiento de causas y efectos.

Un hecho físico, la calidad de las aguas, se traduce en una serie de consecuencias: riqueza del plankton, multiplicación de los bancos de peces, gran cantidad de pájaros, abundancia de guano, mejoramiento de las cosechas agrícolas y como último eslabón: mejor nutrición del hombre.

LOS COMETAS

LOS cometas pertenecen a la familia solar, pero contrariamente a los planetas, que tienen órbitas regulares, poseen órbitas muy elípticas. Esto hace que su aparición se cumpla dentro de grandes períodos de tiempo, como el Halley, que se acerca al sol cada 76 años. De modo, pues, que los cometas son unos visitantes bellos y misteriosos que, de tanto en tanto, se aproximan a sus parientes siderales, iluminan esplendorosamente los cielos planetarios y luego se pierden en las inmensidades del espacio para repetir su aparición a los muchos años o para no regresar jamás.

Los pueblos de la antigüedad tenían supersticioso temor a los cometas. Cuando alguno de ellos se dibujaba en el cielo, se imaginaban que terribles catástrofes, tales como guerras, pestes, o aun el fin del mundo, se hallaban cercanas. Pero los cometas llegaron y se fueron, sin que nada sucediera, pese a las predicciones de las mentes ignorantes. En nuestros días se teme, y con mayores fundamentos científicos, que los cometas choquen con la tierra; pero la composición tenue de estos cuerpos celestes hace muy difícil que dicho choque, de ocurrir, arroje consecuencias fatales. Nada se sabe de cierto acerca del origen de los cometas. Algunos suponen que son fragmentos de la superficie solar, arrojados al espacio en períodos de disturbios de la misma. Otros opinan que son desprendimientos de Júpiter y Neptuno. No faltan los que les atribuyan el mismo origen que a los planetas, es decir, que son porciones del sol arrancadas por el paso de una gran estrella cuya proximidad provocó mareas en el gran astro incandescente. Un último grupo de investigadores dice que proceden del exterior del sistema solar. Pero el gran número de contestaciones a la pregunta sobre su origen no hace más que confirmar

la ignorancia de los hombres acerca de su verdadera naturaleza.

Los cometas se componen, generalmente, de tres diferentes partes: el núcleo, la cabellera y la cola. El núcleo está compuesto por partículas de diverso tamaño, variables entre cinco y seis metros de diámetro las mayores y algunos milímetros las más pequeñas. La cabellera es una especie de disco que rodea al núcleo, formando una niebla muy particular. La cola del cometa empieza a constituirse a medida que éste se acerca al sol y está compuesta por un polvo finísimo proyectado en sentido opuesto al sol por efecto repelente de la luz y energía del mismo. Las colas de los cometas pueden tener, como la del Halley, muchas decenas de millones de kilómetros de longitud y la tierra, en el caso de atravesarlas, no sufre ningún daño pues ya lo hizo muchas veces sin experimentar disturbios.

La luz de los cometas es en parte prestada, ya que reflejan la emitida por la poderosa antorcha del sol, y en parte propia, dado que dichos cometas están compuestos por un gas luminoso que se expande entre los fragmentos sólidos que ellos contienen.

De todos los fenómenos celestes visibles desde la tierra no hay ninguno que iguale, en magnificencia, a la aparición de un cometa. Su cola de color plateado rivaliza en brillo con la luz de la luna y apaga el resplandor de las estrellas. Y su extraña forma de peregrino del espacio llena de admiración y miedo a los pequeños mortales que lo contemplan, orgulloso y bello, desde su planeta sujeto a la esclavitud de girar eternamente alrededor del sol.

Daniel D. Vidart.



Los grandes hombres de la humanidad.

BENJAMÍN FRANKLIN



BENJAMÍN FRANKLIN

De un grabado antiguo

EN Boston, en 1706, en el hogar de un humilde fabricante de velas, nació un niño que los padres llamaron Benjamín. Esta nueva vida iba a manifestarse en el futuro, en tan grandes realizaciones y en ideales de tal profundidad y nobleza, que habría de iluminar con su trayectoria toda una época y proyectarse hacia la inmortalidad.

Al hablar de un gran hombre de los Estados Unidos y llamarlo Benjamín, seguramente no se necesita decir que se trata de Franklin.

Benjamín Franklin supo llenar toda su existencia con la realización de obras de bien, plenas de justicia, de honradez, de sentimientos superiores. Fundó en la moral más pura y en el razonamiento sereno, la base de su propio actuar. Indagó en las ciencias y ellas le dieron su verdad. Amó su tierra, y con su eficazísima colaboración, pudo ver la patria liberada.

Franklin fue un ejemplo como hombre, como sabio y filósofo, como patriota. Sería imposible enumerar aquí todos los hechos importantes de su extraordinaria existencia.

Habiendo recibido cuando niño la limitada instrucción de un año de estudios primarios, llegó, por su extraordinaria inteligencia, a ser uno de los más grandes hombres de su época. A los ocho años ayudaba a su padre en la fábrica de velas; a los doce era aprendiz de tipógrafo en una imprenta, y a los dieciséis, habiendo revelado ya condiciones de periodista, marchó a Nueva

York y de allí a Londres. Regresó luego a Filadelfia donde actuó como inteligente impresor.

En 1732, después de duros años de privaciones, gozaba de prosperidad, fruto de su resolución, sobriedad, trabajo, orden y moderación. Estas cualidades eran consideradas por él como esenciales al hombre virtuoso, según lo había escrito años atrás, cuando ya se proponía seguirlas en su conducta, para lograr esa perfección que aconsejaba. Publicó en ese año el "Almanaque del Buen Ricardo" con sabios consejos en los que inculcaba principios de amor a la libertad y al trabajo. Sus máximas adquirieron gran popularidad. En 1736, fue designado representante a la Asamblea General de Pensilvania. Fundó en Filadelfia una gran biblioteca pública, una academia de estudios, un hospital, un cuerpo de bomberos y se convirtió para sus semejantes en el "Buen Ricardo".

Franklin era un hombre de múltiples inquietudes. La ciencia lo atraía y fue un paciente y perseverante observador de los fenómenos naturales. En aquellos años se creía que el rayo tenía un origen sobrenatural: era el fuego del cielo. Al estudiar los fenómenos eléctricos concibió Franklin la idea de que el rayo no podía ser otra cosa que un fenómeno de esa naturaleza. Pudo comprobarlo de la siguiente manera: Construyó una cometa con dos bastones en cruz y un gran pañuelo de seda; colocó en uno de los bastones un hierro terminado en punta; ató a la cometa una cuerda de cáñamo terminada por un cordón de seda y en el punto de unión del cáñamo, buen conductor de la electricidad, con la seda, que no lo es, colocó una llave en la que suponía se acumularía la electricidad que se haría visible por medio de chispas. Pudo observar así, en un día tempestuoso que, al mojarse el hilo de cáñamo, la humedad lo hizo más buen conductor, y, al acercar un dedo a la llave, saltó una chispa al tiempo que el experimentador recibía una fuerte conmoción que pudo matarle, pero que le llenó de júbilo. Había descubierto el pararrayos. Por eso en los Estados Unidos muchos pararrayos tienen la silueta de un hombre. Representa la de Franklin, que los hombres agradecidos tienen como símbolo.

En las luchas por la independencia fue un patriota que asumió las responsabilidades más serias. Cumplió una extraordinaria labor como diplomático y defensor de las ideas de libertad de su país.

Cuando el 4 de julio de 1776, se proclamó ante la faz del mundo la Constitución de los Estados Unidos, documento redactado por Tomás Jefferson, Franklin, junto a otros miembros del Congreso, era informante. Asegurada la paz, contribuyó fundamentalmente a la revisión de la Constitución Federal, en representación del Estado de Pensilvania.

A los 82 años resolvió retirarse definitivamente de todas sus actividades. Ya muy enfermo, no olvidó a sus semejantes. En su testamento legó una gran suma de dinero para la Escuela donde había aprendido sus primeras letras.

Su muerte en 1790 conmovió al mundo entero. América había perdido un adalid de su libertad y la humanidad perdía, junto al sabio y al filósofo, a un moralista que sólo sabía predicar con la más eficaz de todas las armas: su propia acción.

Electra Vilaboa de Bianchi.

Esculturas de José Belloni

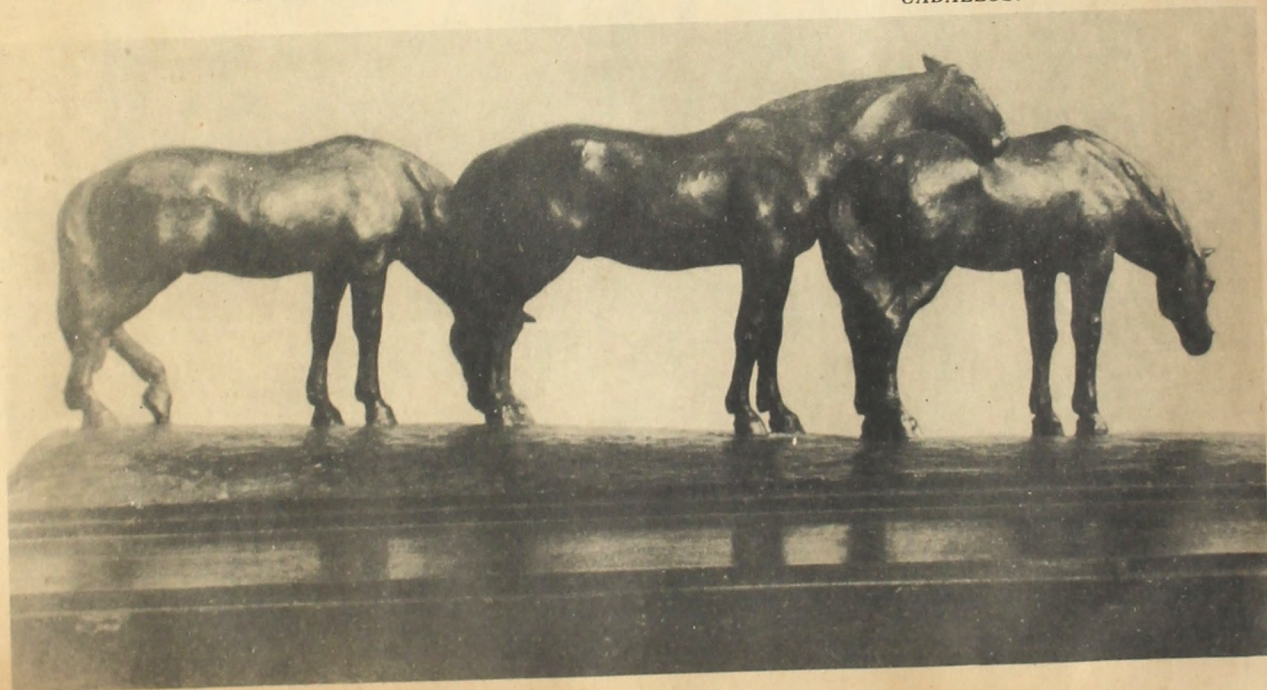


EL PATRIARCA.



LECHERO.

CABALLOS.



Matisse



Reproducciones de El Grillo.

VENTANA EN NIZA.

Maestros de la pintura

Defensa de la salud.

La Poliomiелitis o parálisis infantil

LA poliomiелitis es una enfermedad frecuente en los niños; por esta razón, se llama también parálisis infantil. En homenaje a los primeros médicos que la estudiaron, se conoce también como enfermedad de Heine Medin. Se manifiesta por fiebre y parálisis de uno o de varios músculos, parálisis que puede resultar definitiva. Esto es lo que hace más temible la enfermedad. En algunos casos, se paralizan los músculos respiratorios, lo que puede provocar la muerte. Es en estos enfermos, con los músculos respiratorios paralizados, que se utiliza el pulmón de acero.

La poliomiелitis aparece en casos aislados durante todo el año, o en epidemias que se producen en los meses de verano y de otoño. La última se produjo en el Uruguay entre los meses de enero y mayo de 1955. Enfermaron casi 500 niños y algunos jóvenes y adultos. Al año siguiente, se produjo una gran epidemia en Buenos Aires.

Si todos los niños de nuestro país reciben la vacuna recientemente descubierta, esperamos que esta enfermedad desaparezca de él, como merced a la vacuna, desapareció la antes tan temida difteria.

El agente. - El microbio que produce la poliomiелitis es tan pequeño que no se ve con el microscopio y pasa por los orificios de los filtros que detienen a los microbios comunes, por eso se clasifica como un "virus filtrante".

El reservorio. - El virus filtrante que produce la poliomiелitis vive y se desarrolla en enormes cantidades en la garganta y en el intestino de los enfermos y de los portadores.

Las vías de trasmisión. - De la garganta, estos virus son expulsados al exterior al hablar, al toser, al estornudar. Quedan flotando en las pequeñas gotas de saliva suspendidas en el aire, y llegan a la garganta de las personas que respiran en ese mismo ambiente. Los virus que se eliminan en las materias fecales de los enfermos y portadores, en los barrios donde no hay saneamiento, pueden contaminar la calle, las verduras de las quintas, el agua de beber, el agua de las playas y llegar, como se comprende, a la boca de otras personas, a donde pueden también ser llevados por intervención de las moscas.

Quiénes se enferman. - Felizmente, aunque por estos diversos caminos el virus de la poliomiелitis llega a la boca de todos los niños, la mayoría no se enferma. Sucede que el virus se desarrolla en la garganta o en el intestino, pero el organismo se defiende



y fabrica "anticuerpos" que impiden que se produzca la enfermedad. Una vez que el niño ha fabricado estos anticuerpos, quedará protegido contra la poliomiелitis por el resto de su vida.

Solamente en un pequeño porcentaje de niños esta fabricación de anticuerpos no se hace con la rapidez necesaria; el virus pasa a la sangre, luego al sistema nervioso; destruye las células que dirigen el trabajo muscular, y los músculos correspondientes se paralizan.

Cómo se puede evitar la parálisis infantil. - Cuando aparece una epidemia de poliomiелitis se aconseja extremar las siguientes medidas de higiene del ambiente: Evitar todo lo que sea suciedad. Luchar contra insectos y roedores. No utilizar aguas de dudosa potabilidad. No bañarse en playas contaminadas con residuos humanos.

También se aconseja que los niños y jóvenes eviten todo lo que pueda debilitarlos frente a la poliomiелitis. Los ejercicios excesivos, el enfriamiento, las operaciones en la boca y la garganta favorecen la aparición de esta enfermedad y deben evitarse en época de epidemia.

Cuando aparece algún enfermo, hay que aislarlo durante tres semanas, y es conveniente que los niños que han estado en contacto con él los días anteriores reciban una inyección de gammaglobulina humana (que se extrae del suero sanguíneo de los adultos), lo que les confiere una protección importante.

La vacunación contra la poliomiелitis. - En el año 1955, investigadores de los Estados Unidos, después de cuidadosos estudios y de haber vacunado a más de 500.000 niños, informaron que habían conseguido preparar una vacuna eficaz, que protegía más del 70 % de los vacunados. Este hecho significó un paso de enorme trascendencia en la lucha contra la parálisis infantil. En poco más de un año, recibieron esta vacuna más de 20 millones de niños en los Estados Unidos, Canadá y Dinamarca, y se iniciaron campañas de vacunación en México, Francia y otros países. Se ha comprobado, que esta vacuna, preparada con virus muertos, según la técnica de Salk, no provoca trastornos importantes y confiere una protección muy eficaz. En nuestro país, el Ministerio de Salud Pública aconsejó la vacunación de todos los niños, y está tratando de obtener las vacunas necesarias para inmunizar a toda la población infantil.

Corresponde pues, que todos tengan presente que la poliomiелitis es una enfermedad grave que amenaza a niños y jóvenes; que en el momento actual se dispone de una vacuna eficaz, que no provoca trastornos importantes, y que es obligación de todos hacer que los niños y jóvenes se beneficien con esa vacuna, siguiendo las indicaciones de los técnicos del Ministerio de Salud Pública y de todos los médicos del país.

Dr. Federico J. Salveraglio.

EL TATÚ, EL TAPIR Y EL YACARÉ

I

LENTO y agobiado por su caparazón, el tatú va por entre las selvas que se nutren de los grandes ríos Paraná, Uruguay y sus afluentes. Allí, en siglos remotos, vivió la raza guaraní: hombres fuertes a los que la naturaleza pródiga, regalándoles con una vida fácil, les permitió imaginar. De este ocio nacieron las leyendas y cuentos que aún vuelan por las selvas, como pájaros multicolores.

El tatú, pese a sus garras, sólo parece preparado para la defensa. Y en la lucha por la vida en las selvas, lucha inmisericorde y terrible, quien sólo está dispuesto a defenderse es un condenado a morir víctima de los agresivos, que son muchos y los más poderosos, naturalmente. Sin embargo, el tatú subsiste, como el yaguararé o el caimán, bien armados seres de los bosques y los ríos. Las leyendas y narraciones aborígenes, luego modificadas por los mestizos y blancos, nos explican la causa de esta subsistencia: El tatú es astuto, comparte con el aguará (zorro) y la micuré (comadreja) esta importante condición, que permite a los débiles luchar contra los fuertes.

La astucia es el primer grado de la inteligencia, y en todo folklore, es decir, cuando en los pueblos primitivos ya hay hombres capaces de imaginar, vemos que se exalta la astucia y se deprime la fuerza.

En la siguiente fábula guaraní aparece el tatú burlando con su astucia al tapir y al yacaré, poderosos animales.

II

El tapir y el yacaré se encontraron a orillas de un río y convinieron en unirse para dominar en tierra y agua. Pero el tatú, que estaba oyéndolos oculto en su cueva, decidió deshacer el pacto de los dos colosos.

Esperó a que se separaran amigablemente y fue hacia el tapir:

—Gigante — le dijo —, necesito de tu ayuda. En el barro de la orilla quedó empantanado mi abuelo; tú, que eres el más poderoso de los animales, ¿quieres sacarlo?

—Sí — respondió el tapir, halagado. Y dejó que le atase una sogá al cuello.

—Cuando yo toque mi flauta, tiras —, dijo el tatú.

—¡Bien!

Corrió el tatú hacia el yacaré, lo elogió como el más fuerte de los animales, le hizo idéntica proposición, y el yacaré se dejó atar la sogá al cuello.

Tocó la flauta el tatú, y las dos bestias comenzaron a tirar. A veces el yacaré arrastraba al tapir; otras éste al yacaré. Furiosos, creyendo cada cual que al otro extremo de la sogá había un tatú-guasú empantanado, y mordidos en su vanidad, hacían poderosos esfuerzos; ya parecían triunfar, pero se fatigaban y volvían a perder el terreno ganado.

Entre tanto el tapir, cuando a él le tocaba sacar ventaja, recogía la sogá, y de este modo llegaron a avistarse, con lo cual aumentó su furia. Se vieron engañados; pero olvidaron quién los había engañado. El tapir descargó su furia contra el yacaré y el yacaré contra el tapir. Tiraban y se injuriaban, sin recordar que un momento antes se habían prometido amistad y alianza.

Al fin se rompió la sogá. El tapir se fue a la selva, el yacaré se hundió en las aguas, y no se vieron más.

El tatú tocaba la flauta, alegremente

ERNESTO MORALES
De "Fábulas guaraníes". (Selección de
Verdad Rizzo de Garibaldi.)



POEMAS PARA NIÑOS



CANCIÓN DE LA TORTUGA VERDE *Marista*

¡T OCAN las campanas
en medio del mar!
¡La tortuga verde
se quiere casar!

—Me pondré mi traje
de color azul,
con cien estrellitas
en el blanco tul.

—Ponte medias de alga,
collar de coral,
un velo de espuma,
zapatos de sal.

¡Cantan las campanas
en medio del mar!
—¡Novia presumida,
tarde llegarás!

—¡Date prisa, hermosa,
vamos a danzar,
que los peces rojos
comenzaron ya!

¡Las campanas rotas
de tanto llamar!
¡Los peces dormidos
del mucho bailar!

Sin flores el novio
se ha puesto a llorar.
—¡Ah, tortuga verde,
no te esperan más!

CANCIÓN DEL GALLO EN LA MAÑANA

C ORONADO por claveles,
gallito, cada mañana,
en lucha contra la noche,
liberas la flor del alba.

Tu pico corre a las sombras
abriendo puertas de plata,
por donde el sol feliz entra,
con arco y capa de llamas.

¡Tus alas traen las rosas
que lucen las madrugadas!
¡El campo limpio despierta
a medida que tú cantas!

CANCIÓN DE LA DICHA EN EL MAR

¡M AR, dulce mar,
dame tus olas
para viajar!

¡Mar, fuerte mar,
con tus espadas
voy a pelear!

¡Mar, feliz mar,
entre tus aguas
siempre cantar!

¡Mar, bello mar,
sobre tu espuma,
he de bailar!

¡Mar, tierno mar,
por tu vivo cielo,
ya sé soñar!

¡Mar, triste mar,
mi alma en tus sales
sabe llorar!

¡Llorar, cantar,
como la vida,
mi amado mar!

EL PLUMERILLO



AQUELLA mañana Blanquita había ido al monte, en compañía de la negra Encarnación. Y a su regreso corrió hacia mí, radiante de alegría, para mostrarme el manojó de bellísimas flores que había recogido, y que sujetaba amorosamente entre ambas manos.

—¿A que no sabes cómo se llaman? — me preguntó, alzando hasta la altura de mi rostro su precioso hallazgo.

Yo no lo sabía, en efecto, pues nunca había tenido ocasión de ver aquella clase de flores, que aunque carentes de fragancia, eran por la originalidad de su forma, por su color y su gracia, un verdadero prodigio de la naturaleza, y con las que únicamente las del ceibo podían parangonarse.

Le confesé mi ignorancia, y ella entonces, con aire satisfecho, me repitió

lo que sin duda acababa de explicarle Encarnación:

—Se llaman plumerillos. ¿No ves que tienen la forma de un plumero? De ahí les viene seguramente el nombre.

Me aproximé más aún y me puse a contemplarlas con curiosidad e interés. Eran de un color rojo vivo, que recordaba el penacho de los cardenales, y sus largos y múltiples estambres, finos y suaves como hilillos de seda, vibraban cual sensibles antenas al más leve contacto de la brisa. En el extremo de cada estambre acumulábanse partículas de un polen sutilísimo, impalpable casi, que se desvanecía sin dejar huellas apenas se le tocaba.

Fausto Ruiz, que en ese instante pasaba a nuestro lado, advirtió a Blanquita:

—Se te van a marchitar en seguida. No las hubieras cortado.

—Las pondré ahora mismo dentro de un florero con bastante agua, para conservarlas — replicó la niña.

—Igual se marchitarán, porque esas flores son tan delicadas que solamente viven en la planta.

Y efectivamente, no había transcurrido una hora cuando el manojó entero comenzó a languidecer y a amus-



tiarse, confirmando las palabras de Fausto, que como siempre, estaban respaldadas por la experiencia.

Desde entonces, viví aguardando la oportunidad de conocer el árbol que producía tan hermosas y originales flores. Y fue el propio Fausto quien, a instancias mías, llevéme al monte pocos días más tarde con el fin de mostrármelo.

Era un arbusto de madera frágil y de escasa altura, que apenas sobrepasaría los dos metros. Tenía el tronco y las ramas sumamente retorcidos, la corteza delgada y lisa, las hojas de un color verde intenso, muy semejantes en su estructura a las del espinillo o las del ñandubay, y tan graciosas y finas que parecían un delicado encaje.

—Ahí tienes el plumerillo — díjome mi amigo. Algunas personas le llaman también sucará, o socará, aunque este último nombre corresponde en realidad a otro árbol más comúnmente denominado "palo de fierro" a causa de la dureza y color de su madera. El plumerillo posee una característica muy singular, que lo diferencia de los restantes árboles del monte. Mientras hay sol, sus hojas ofrecen un aspecto alegre y lozano; al caer la tarde, se doblegan y empiezan a palidecer, dando la sensación de que se irán a secar; y a la mañana siguiente vuelven a adquirir vigor y frescura al contacto de la luz.

Observador sagaz de la naturaleza, Fausto había dicho la verdad, como siempre. Y yo, gracias a él, había descubierto otro secreto del monte.

Y bueno, ¿qué quieres que te diga? Estaré equivocado, pero en vida de mi padre el camino era más lindo. Era, ciertamente, más joven.

—¿Quién?

—El camino. El camino era más joven.

Y, sin embargo, alguna vez... No lo recuerdo bien, pero creo que esa tarde lloviznaba. La sala olía a fritura, cuando mi padre desempañó los vidrios con su mano abierta, después con el pañuelo, y me indicó:

—Mira.

Iba por el camino, bajo las nubes rotas, con el recado a la espalda, un hombre pequeñísimo. Mi padre me oprimió el brazo, dijo de nuevo: "Mira", y yo, para ver, enfríe toda mi mejilla contra el vidrio. Le grité:

—¿Quién es?

—Es Juan.

—¿Qué Juan?

—Juan, te digo.

—¿Juan qué?

—Es Juan. Juan desmontado. Es Juan, el caminante.

—¿Y su caballo?

—No lo encontrará. El arroyo es muy noble, pero el caballo debe estar campo afuera, y amenaza llover toda la noche.

De esto hace mucho tiempo. Entonces el camino parecía más alto que ahora. Al alba, en el verano, lo cruzaba una liebre. Sus doradas orejas en alto, escuchaba. Traspasaba en un brinco el alambrado, y el sol iluminaba, ya un redondel de margaritas azules, unas colgantes gotas de rocío, un buey que estaba allí. Un buey pampa llamado "Caramelo". Al mediodía, el buey estaba aún allí, parado como un rancho, cuando de entre una polvareda salían los gritos de

Al niño campesino

EL CAMINO

las máscaras, finitos y enrulados como tientos:

—Jujujujujú...

—Adiós, Angelino, — le respondía alguien, desde el patio, al gritón.

Y era, nomás, Angelino, mezclado en la comparsa, en un caballo ajeno. Sólo que, ahora, el italianito iba a caballo, mientras los demás días del año pasaba en la bicicleta de su padre, parado sobre los pedales, machucándose las pantorrillas contra el cuadro, a buscar las cartas al almacén, volviendo, desde el almacén, con las cartas. Casi se le descubría la tricota marrón, bajo aquella ráfaga colorada, celeste, amarilla rabiosa, de un dulce, tierno verde de baba de vaca.

Otras veces, de noche. No había luna. Ni estrellas. No se veía el camino. Se le oía. Crujían las carretas como si se cayeran a pedazos. Eran las carretas de los Piedrahita. Las carretas de los carboneros. Unas carretas más negras que la noche, que iban a acampar a media legua del pueblo. Con las barras del día se uncían los bueyes y llegaban. Y los carreros amontonaban — amontonarían — sobre la vereda de losas del almacén, sus huesudas bolsas negras cosidas con alambre.

Y en el otoño, en medio de la nie-

bla, allacito, me acuerdo, donde empezaba a crecer el bosquecillo de eucaliptos, asomaba un jinete, una sombra.

Si venía tieso era Basilio. Si agachado sobre las crines, Valerio.

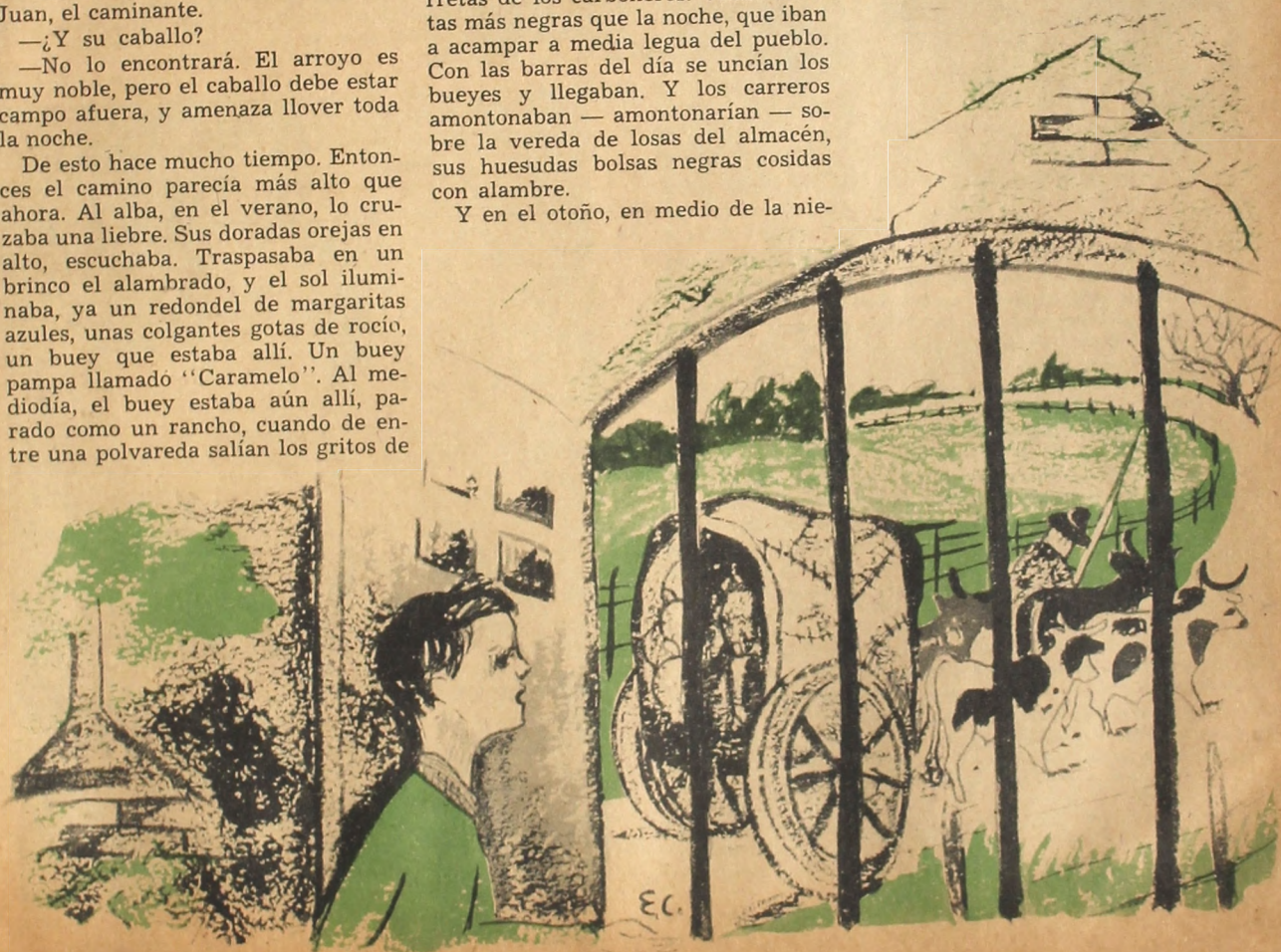
Cuando todavía era sombra indistinta, desde la ventana de la cocina, se decía:

—Te apuesto a que es Valerio.

—Pero, ¿dónde tienes los ojos, muchacho?

Y era Basilio, nomás. O Valerio. O, acaso, nadie. Era el viento, la niebla, un desconocido que nos decía: "Buen día". O era, simplemente, el camino lleno de polvo, de barro; el alambrado, sus piques y postes, donde mi padre, las noches de San Juan, colocaba los grandes hongos secos, impregnados de grasa, que luego iba encendiendo, uno por uno y cuyas luces boqueaban hasta morir y no olvidarlas nunca.

Álvaro Figueiredo.



Artistas del Uruguay

HORACIO QUIROGA



Horacio Quiroga

HORACIO QUIROGA nació en la ciudad de Salto, el 31 de diciembre de 1879. Cursó estudios de bachillerato, primeramente en el Instituto Universal de Montevideo, y luego en el Politécnico de Salto, los que abandonó por negación vocacional para realizar una carrera universitaria. Desde muy joven orientó su vida en la labor intelectual, alcanzando a realizar tan fecunda e importante obra literaria, que lo ha consagrado como a uno de los escritores contemporáneos más eminentes del habla hispano americana.

Horacio Quiroga hace sus primeros ensayos literarios en la prensa salteña, y dirige en esta ciudad una revista literaria, de corta vida. Poco después se traslada a Montevideo, y en 1901 publica su primer libro: "Los arrecifes de coral". Luego de un viaje a París, forma parte de una expedición de estudio a las Misiones organizada por Leopoldo Lugones, donde por primera vez siente la poderosa sugestión del ambiente tropical, que tan rico y variado tema ha de dar más tarde para sus cuentos y narraciones magistrales. Habiendo fijado su residencia en Buenos Aires, dicta clases de Literatura en un Instituto Normal. Publica en 1908 su libro "Historia de un amor turbio", y al año siguiente vuelve a las Misiones con el cargo de Jefe de Paz de la localidad de San Ignacio e instala su hogar al linde de la plena naturaleza. Allí escribe varios libros que va publicando entre los años 1917 a 1923. Después de nueve años de residencia en las Misiones vuelve a Buenos Aires donde sigue produciendo obra fecunda y valiosa. Muere en esta ciudad, el 19 de febrero de 1937. Sus restos fueron trasladados al Uruguay y sepultados en el cementerio de Salto.

Nicolás Fusco Sansone.

JOSÉ BELLONI

EL escultor José Belloni nació en Montevideo, el 12 de setiembre de 1882. Su formación artística comenzó en edad temprana, recibiendo enseñanza de escultura de Luis Vasalli, en cuyo taller de Lugano, Suiza, trabajó varios años.

A su regreso al país obtuvo una beca para proseguir sus estudios de escultura en Europa, donde permaneció por espacio de cuatro años. Concurrió a la entonces Real Academia de Munich y a la Escuela Libre de Roma. Cumplida su estada en el viejo continente, Belloni regresa a Montevideo y se incorpora como profesor de escultura en el "Círculo Fomento de Bellas Artes". Desde este momento, su vida tiene como rasgo dominante el trabajo. Realizó a lo largo de un período de gran intensidad creadora, veintidós monumentos públicos, de los cuales diecisiete lucen en Montevideo, dos en el extranjero y tres en ciudades del interior del país. Además, concurre a exposiciones y esculpe estelas, bustos, medallas, placas, etc. Su obra "La carreta" con la que ganara el Premio Folklórico en 1929, es conocida, a través de réplicas y fotografías, en casi todo el mundo. A esta obra, que inicia la preocupación del escultor por realizar en la plástica motivos nuestros, siguen: "La diligencia", "Hacia nuevos rumbos", la figura de Ansina, y una serie de bustos de personalidades de nuestras artes y letras.

Actualmente el escultor, de 74 años de edad, prepara un grupo de gran tamaño: "Un entrevero", en el que aparecen los gauchos de nuestras patriadas en la lucha heroica. Los temas del solar nativo son los que han atraído fundamentalmente a Belloni de quien puede decirse que, junto al escultor José Luis Zorrilla de San Martín, retoma la dirección indicada por el pintor Juan Manuel Blanes y sus hijos, de reflejar los temas que exaltan la nacionalidad, que muestran los protagonistas y los sucesos en los que ella fue forjada.

Anhele Hernández.



José Belloni

ASPECTOS DE NUEVA YORK



YO esperaba algunos rascacielos góticos dominando una ciudad humana. Encuentro una metrópoli, ciudad de gigantes. Las raras casas de antaño que todavía están en pie parecen juguetes de niños olvidados.

Desde hace diez años, los constructores lo han cambiado todo. Ya levantan los veinte primeros pisos como una roca, bloque de piedra compacta, interrumpido tan sólo por las ventanas rodeadas de una simple faja, y sobre esta masa rocosa construyen un castillo. Así, el nuevo Savoy-Plaza. Ya el edificio entero se va estrechando desde la base a la cima, por terrazas sucesivas, a la manera de los templos asirios. La decoración policroma da remate al efecto. La techumbre del Plaza, de un bello verde antiguo, que la pátina de color de oro hace resaltar, se ve admirable desde la Quinta Avenida, a la luz embriagadora del otoño neoyorkino.

A derecha e izquierda de la Quinta Avenida, los altos planos verticales de sombra y de luz forman algo así como un pasadizo. Con la cabeza levantada, se admira la infinita variedad y grandeza de las formas.

Pero sobre todo de noche es cuando se debe contemplar a Nueva York. Entonces, las altas ciudadelas semejan bajeles aéreos de luz. Alrededor del parque, treinta pisos de focos brillan en el aire palpitante de la noche. Manhattan, paquebote gigante, se desliza suavemente en el infinito.

Desde el primer día es imposible perderse en Nueva York. La ciudad está construida sobre un largo islote rocoso: Manhattan, lo que la limita en superficie (de ahí los rascacielos), y le asegura cimientos de granito para sus construcciones gigantes. Sobre esta isla, en el sentido de la longitud, los géometras han trazado avenidas que, a partir del este, reciben el nombre de: Primera, Segunda, Tercera, siendo Mádison la cuarta, y la principal, la Quinta. Después, en el sentido del ancho, calles que

se llaman, por ejemplo, Treinta y Dos Este, la de este número que está situada al este de la Quinta, y Treinta y Dos Oeste, la que está al oeste de la misma.

La regularidad del sistema facilita enormemente la circulación. Luces rojas y verdes, colocadas muy alto, visibles desde lejos, la dirigen automáticamente. A intervalos regulares, una luz roja detiene los vehículos en dirección norte-sur, en todas las avenidas. Entonces las calles dejan escapar la ola transversal. Tres minutos más tarde la luz verde da el movimiento a las avenidas, y en las calles queda paralizado el tránsito. El peatón sabe exactamente cuándo podrá atravesar sin peligro. Llega a ser diestro en el arte de efectuar trayectoria en línea quebrada, sin peligro y casi sin detenerse.

Aunque los policías son menos numerosos que en nuestro país, la disciplina en las calles es perfecta. Apenas se cambia la luz, es agradable ver, tan lejos como la mirada alcanza, escuadrones de carruajes que se detienen en la esquina de cada calle. El sistema sólo es molesto de noche. Entonces la circulación, en ciertos barrios, es casi nula, pero la obediencia a las señales es tal, que el chofer se detiene delante de la nada... Ni un peatón a la vista, ni un vehículo en la transversal, y sin embargo, permanezco tres minutos inmóvil en la esquina de Mádison y de la Treinta y Dos Avenida. La veneración de mi chofer por una ley mecánica y muda me hará perder el tren, pero no puedo menos que admirar, a la vez que acecho la luz verde, este prodigioso orden, que, sin duda, una sola mano, indiferente, con sólo abrir y cerrar un conmutador, en alguna oficina de un trigésimo piso, hace reinar sobre una ciudad en donde pululan ocho millones de blancos, de negros y de amarillos.

ANDRÉ MAUROIS

De "En América" Selección de Verdad
Risso de Garibaldi.

EL CONGRESO DE ANGOSTURA

A principios de 1819, Simón Bolívar, el Libertador, se encontraba empeñado en una tenaz lucha contra la dominación española en su país natal, Venezuela. Medio territorio estaba ya en poder de los patriotas, pero aún los enemigos ocupaban Caracas y una gran extensión del país. Bolívar se disponía en estos momentos a llevar la guerra a los llanos venezolanos en los que, contando con la ayuda del célebre Páez, "el mejor lancero del mundo" y sus aguerridos llaneros, pensaba poder derrotar al jefe español, general Morillo, y con ello culminar la independencia de su patria.

Pero los patriotas, cuando luchan por su libertad, son siempre impacientes; los venezolanos, que de ninguna manera eran libres todavía, quisieron de todas formas proclamar su soberanía e instalar un gobierno nacional. Decretaron que la capital provisoria sería la ciudad de Angostura — hoy Bolívar — que se hallaba en las márgenes del Orinoco, en territorio por ellos vigilado y convocaron a un Congreso que debía ser integrado por representantes de todas las localidades venezolanas. Desde luego que invitaron a Bolívar para que concurriera. El Libertador entregó el mando militar a Páez y marchó a Angostura donde, bajo su presidencia, el 15 de febrero de 1819, el Congreso Nacional inició sus deliberaciones. Veintinueve diputados venezolanos se habían hecho presentes. Bolívar pre-

sentó un proyecto de Constitución por él preparado con la inspiración de la de Inglaterra, que luego de discutido ampliamente por los congresales, recibió aprobación.

Por esta Constitución, la primera en ser sancionada en Sudamérica, el gobierno era ejercido por un Poder Ejecutivo cuyo Presidente sería renovado cada cuatro años; el Poder Legislativo se organizaba en base a las Cámaras de Senadores y de Diputados. En último término, el Poder Judicial, que actuaría en forma en absoluto independiente. Se trataba de una Constitución que significaba un extraordinario progreso en la organización institucional de los nuevos estados que se iban independizando en el continente; baste recordar que en sus fundamentos principales era idéntica a la que hoy rige, por ejemplo, en nuestro país. Se consagraba en ella, además, la libertad de prensa y la abolición de la esclavitud.

Bolívar presentó su proyecto con un célebre discurso, tan bello y lleno de conceptos políticos tan importantes, que a veces se llega a pensar cómo pudo ser posible que en aquella época un hombre alcanzara tal altura de pensamiento. El Discurso de Angos-

tura podría ser, en nuestros días, notable galardón para cualquier orador de temas políticos y sociales; nadie puede dudar que sólo el genio del Libertador pudo concebirlo.

Simón Bolívar fue electo Presidente de la República por el Congreso de Angostura, pese a sus reiteradas negativas en las que expresaba que su único deseo consistía en comandar los ejércitos en la lucha por la libertad, pero que no ambicionaba el poder político.

Lamentablemente, las luchas de la Independencia se prolongaron por muchos años; la Constitución de 1819 quedó en desuso, y se necesitaron todavía más de diez años para que, al fin, Venezuela estuviera en condiciones de entrar definitivamente en la senda de la organización institucional.

Juan Antonio Vázquez.



Geografía de América del Sur.

EL VALLE LONGITUDINAL CHILENO



inmenso valle orientado de norte a sur, y que los chilenos llaman por contraste respecto a otros más pequeños, propio de los Andes, el Gran Valle Longitudinal.

Y en esa tierra fértil, regada por numerosos ríos torrentosos, y que tarda en ver salir el sol debido a la formidable barrera andina, late el corazón de Chile. Allí está la capital, la gran ciudad de Santiago, relacionada en forma intensa con Valparaíso y Viña del Mar, activo puerto comercial el primero y concurrida ciudad balnearia la segunda.

Un clima que recuerda al del Mediterráneo europeo permite que en este valle se cultiven con excelentes resultados la vid, el olivo y diversos árboles frutales, aparte de cereales, leguminosas y forrajes, utilizados estos últimos para alimentar el ganado lechero en razón de la escasez de las pasturas naturales.

Mientras al norte del país se extraen valiosos minerales, y en el sur se explotan bosques, se crían ovejas y se practica la pesca, en el Valle Longitudinal la actividad principal es la agrícola. Allí están al mismo tiempo el granero y las huertas chilenas, y es allí donde se concentra la mayor parte de la población del país.

Carreteras modernas y vías férreas relacionan entre sí las ciudades del valle, o las unen con los puertos del litoral. Sobre más de mil kilómetros de longitud, reina una actividad humana extraordinaria, que ni las manifestaciones sísmicas, a veces destructoras, consiguen amenguar. Chillán, sacudida por un fuerte temblor de tierra, se ha repuesto hace ya tiempo de la catástrofe. Lo mismo ha sucedido con Valparaíso, el gran puerto de mar. En las vertientes de las montañas se ha represado a numerosos ríos, que entregan al hombre la energía hidroeléctrica.

El valle mantiene comunicaciones con la Argentina a través de la cordillera, cortada por un gigantesco túnel, que permite el pasaje de la vía férrea del trasandino. Por otra parte los aviones modernos sobrevuelan fácilmente la majestuosa barrera geológica, y el viaje aéreo resulta un espectáculo y una lección inolvidables, que los cóndores han aprendido hace ya mucho tiempo. Aparte de la capital del país, populosa como Montevideo, reinan en el valle las ciudades de Talca, Temuco y Osorno, y Puerto Montt, situada en el extremo sur de la depresión, es terminal del ferrocarril que cruza de norte a sur toda la región.

En el Gran Valle, el pueblo chileno, alegre y confiado, trabaja intensamente por el engrandecimiento de su patria. La tierra fértil y el clima benigno son sus aliados; pero la lucha no deja de ser dura, y pone a prueba la tenacidad de los trasandinos.

Jorge Chebataroff.

EXTENDIDO desmesuradamente de norte a sur, el territorio chileno presenta una verdadera sucesión de comarcas naturales, desde los desiertos salinos, sedientos y de verano sofocante, hasta la porción austral, de costas irregulares y marginada por vastos archipiélagos, donde las lluvias son frecuentes y cae abundante nieve en las montañas, hasta el punto de que algunos ventisqueros o ríos de hielo alcanzan directamente el mar. Pero entre el desierto chileno y la región lluviosa, se suceden varias zonas de clima intermedio, marginadas al este por la gran cordillera de los Andes, de la que bajan numerosos torrentes que reuniéndose dan lugar a ríos que corren hacia el Océano Pacífico.

En la porción central del país, el territorio aparece extendido como una banda estrechada entre los Andes y la cadena Costera, configurando un

LA OVEJA Y LA CABRA

LA oveja y su prima hermana la cabra pertenecen a la pequeña e importantísima familia de animales domésticos que el hombre ha utilizado para satisfacer sus necesidades y para subordinarlos a su dominio.

Y decimos pequeña familia de animales domésticos, pues son muy pocos los que se hallan en este estado: de un millón de especies conocidas sólo un centenar ha sido

reducido a la domesticidad. Además, no todos los animales domésticos desempeñan la misma función: hay auxiliares y compañeros del hombre como el perro, el gato, el caballo, el elefante, el reno, y hay otros que lo abastecen de alimentos y vestidos, tales como la vaca, el cerdo, la oveja, la cabra, etc.

La oveja y la cabra, que se hallan en el segundo grupo de los nombrados, no pueden ser consideradas por separado pues se trata de dos especies muy unidas en su evolución y en su destino.

Desde el neolítico, o sea la edad de la piedra pulida, caracterizada por el nacimiento de la agricultura y de la ganadería, la cabra y la oveja figuran entre los bienes de los hombres que vivían en las ciudades lacustres. En Egipto, la oveja aparece hacia la quinta dinastía, 2500 años antes de nuestra era, algo después que la cabra. Los primeros arios que penetraron en la India eran ya pastores de ovejas, como pastoras eran las ninfas de la mitología griega.

Las ovejas europeas parecen ser descendientes del musmón, especie de carnero salvaje que todavía se halla en ásperos rincones de Cerdeña y de Córcega. Las ovejas del Asia Central, de cola larga y ancha, rellena de grasa y muy pesada, descienden del argali de las estepas kirguisias; el otro grupo, el de las montañas de Persia, Afganistán y la India desciende del urial, musmón nativo de esos agrestes lugares.

Los ovinos españoles conducidos al Perú fueron los que dieron nacimiento a la ganadería menor americana. Cuando Nufrio de Chaves, un enviado de Irala, volvía a la Asunción del Paraguay a mediados del siglo XVI, se liberó de los ataques de los indios por el extraño bolido de las ovejas, desconocidas por los salvajes, que no solamente defendieron su larga travesía emprendida en Lima, sino que constituyeron el origen de la riqueza lanar rioplatense.

La cabra y la oveja, pese a su indudable parentesco, son diferentes en muchos aspectos. La cabra es un animal de montaña, amante de la libertad, mientras que la oveja está más sujeta al hombre y se cría en zonas menos abruptas. Tienen además diferencias en la cornamenta, en la solidez del esqueleto y en el tipo de lana.

La oveja ha sido refinada cuidadosamente por el hombre, y existen varios tipos de distintas clases de lana, imprescindible materia para la fabricación del vestido.

En el Uruguay abundan las ovejas. Los veintitrés millones de cabezas de ganado ovino se distribuyen en las siguientes razas, por orden decreciente de ejemplares: Corriedale, Merina, Rommey Marsh, Lincoln e Ideal. Junto con Australia, Nueva Zelandia, Argentina y África del Sur, nuestro país integra el grupo de las naciones que más y mejor lana producen en el mundo. Esto significa que la lana es uno de los pilares de la economía uruguaya, tal vez el más importante.



Los pueblos famosos de la antigüedad

LOS CHIBCHAS

El nombre de los chibchas está asociado al del oro. Pero no del oro como codiciado producto de la tierra que desvelaba a los ávidos conquistadores españoles, sino como el material noble que alimentaba la más perfecta industria de los artífices indígenas de América precolombina.

Los investigadores actuales se inclinan en llamar a este pueblo de aurífices con el nombre que él se daba, sea el de "muiscas", que quiere decir hombres. Otros pueblos primitivos, suponiendo ser los únicos hombres, los únicos verdaderos, se denominan así, tales como los astetototes, que se dicen "koi-koin", o los esquimales, que se llaman "innuit".

Los muiscas vivían, cuando llegaron los españoles, en la meseta colombiana, y su capital era Bacatá, donde surgió la futura Bogotá, la actual y moderna capital de Colombia. Eran indios agricultores y sus cultivos principales estaban constituidos por el maíz, la papa, la quinua y el algodón. Se dedicaban además a la fabricación de telas que, conjuntamente con las bellísimas esmeraldas de la región y la sal, cambiaban por oro a sus vecinos, dado que la industria de objetos en dicho metal constituía su mayor y más importante habilidad técnica.

Pese a estar rodeados de piedras, los muiscas no construyeron sus viviendas, sus palacios y sus templos con el material brindado espontáneamente por el medio, sino que usaron cañas para las paredes y paja para las techumbres y es por ello que en la actualidad no subsiste casi ningún resto de obras arquitectónicas.

La famosa leyenda de El Dorado, que tanto dio que hacer a los españoles, se originó en una costumbre de los chibchas, que espolvoreaban con oro finamente triturado el cuerpo de los zipas o reyes en el momento de su proclamación. Y ya que hablamos de oro es tiempo de que nos refiramos a los prodigiosos artífices florecidos en esta zona.

Cuatro escuelas metalúrgicas existen entre los muiscas: la chibcha, la antioqueña, la chiriquí y la quimbaya. La última, correspondiente a una tribu del mismo nombre, es superior a todas las otras. El llamado tesoro de los quimbayas, donado por el gobierno colombiano al español, demuestra hasta qué punto estos indios fueron consumados maestros en la fabricación de tersas y delicadas estatuillas, de cascos guerreros, de adornos complicados, de hilos sutiles. Y no solamente los hicieron en oro sino que, aleando este metal con el cobre, lograron otro producto llamado tumbaga o guanín, con tanto brillo y fortaleza que constituyó un motivo de estupor para los conquistadores.

La religión de los muiscas admitía el predominio de un dios creador de todas las cosas, Chiminchagua, y a su lado se hallaban los dioses inmediatos en jerarquía: Súa, el sol, y Chía, la luna. Al igual que los griegos, que creían en un héroe cultural llamado Prometeo, y que los aztecas, que reverenciaban a Quetzalcoatl, los muiscas adoraban a Bochica, el dispensador de la agricultura, de los vestidos, de la religión, de los sistemas de gobierno, de los trabajos en oro y del comercio. Antes de llegar Bochica, dice la leyenda, los chibchas vivían como animales, desnudos, sin dioses, errantes y dedicados a la caza. La venida de este barbudo benefactor les abrió paso a la civilización y les facilitó todos los progresos

que disfrutaban al tiempo de la conquista de los españoles.

La cultura de los chibchas forma parte del área andina, basada en el cultivo del maíz y en muchos aspectos puede emparejarse con la de los incas aunque no haya dejado restos arquitectónicos de significación. Pero su magnífico dominio de las artes del oro la ponen a la altura de lo que los nazca de la costa peruana significaron para la cerámica o los mayas para la pintura y la escultura indígena.

Daniel D. Vidart.



Esse Caraf

HACE muchísimos años vivió en China un prudente emperador que tenía dos hijos: un varón y una mujer.

Cuando el emperador quiso casar a su hija, que era una doncella hermosa e inteligente como no había en todo el imperio, se presentaron al palacio infinidad de pretendientes. Pero se les puso una condición: el que ofreciese una rosa azul se casaría con la princesa.

Al saber esto, todos los pretendientes menos tres, se retiraron. Los que permanecieron eran un guerrero, un mercader y el alto jefe de justicia.

El valiente guerrero reunió a cien de los suyos y fue al país del rey de los cinco ríos, que poseía tesoros maravillosos, y le exigió la entrega de la rosa azul. El rey de este país, tan rico en joyas como pobre en soldados, atemorizado, llamó a un servidor y le ordenó:

—Tráeme la rosa azul.

El criado volvió con un estuche primorosamente forrado en seda, que encerraba un magnífico zafiro tallado en forma de rosa. El guerrero partió agradecido y se dirigió al palacio del emperador. Cuando la princesa vio la rosa, dijo:

—Esto es una piedra preciosa y ya tengo en demasía. Yo quiero la rosa azul.

El guerrero tuvo que abandonar su empresa, vencido por el desaliento.

LA ROSA



El otro pretendiente, el mercader, al saber el fracaso del guerrero corrió a la casa del tendero más rico amenazándolo con la muerte si no le conseguía la rosa azul. El pobre tendero pasó esa noche sin dormir, consumido por la inquietud, y su mujer, que era muy astuta, le aconsejó:

—Sumerge una rosa blanca en tinta azul; tomará el color de la tinta y nadie lo notará.

Hízolo así el tendero, y al otro día entregó la rosa teñida al ansioso mercader.

Presurosamente corrió éste al palacio del emperador, seguro de su victoria. La princesa tomó la flor en sus manos, la miró atentamente y exclamó:

—Esta es una rosa blanca que fue introducida en un líquido venenoso de color azul. Si una mariposa o una abeja se posara sobre ella, moriría en seguida. Yo no quiero esta rosa que no es naturalmente azul.

Y expulsaron al mercader del palacio.



AZUL



El tercer pretendiente, el alto jefe de justicia, quiso a su vez conquistar a la princesa y para ello encargó al más famoso de los artistas chinos que le fabricara una taza bellísima, de la más fina porcelana, y pintara en ella una rosa azul.

Tres meses trabajó el artista y logró hacer una taza exquisita, frágil como una cáscara de huevo, transparente como el ala de una libélula, liviana como una pluma de cisne. Sobre ella pintó una perfecta rosa azul. Era una taza exquisita.

El alto jefe de justicia, que era entendido en porcelana, confesó que era la más espléndida que había visto. Pagó el alto precio que fijó el artista y partió al palacio. Cuando la princesa tuvo en sus manos la preciosa pieza, exclamó:

—Es la porcelana china más bella que he visto en mi vida, digna de albergar el tallo de la rosa azul que espero.

El alto jefe de justicia se la regaló

gustoso pero no pudo obtener el corazón de la princesa.

Pasó el tiempo. Un día llegó al palacio del emperador un trovador famoso que sabía entonar las más bellas canciones. La princesa que paseaba por el jardín escuchó su voz dulcísima y se prendó de él. Hízolo entrar y el trovador, de inmediato, enamorado, le pidió su mano. La princesa contóle lo de la rosa azul. El trovador, con una traviesa sonrisa, dijo:

—¡Qué tontería! Todo tendrá arreglo.

Al día siguiente, cuando el trovador volvió al palacio, cortó del jardín una rosa blanca recién abierta. Cuando se la entregó a la princesa, ésta, con aplomo, dijo:

—Esta es una verdadera rosa azul.

El alto jefe de justicia y toda la corte protestaron ante la evidencia de que la rosa era blanca.

—Estoy segura de que es la rosa azul que yo esperaba — afirmó tranquilamente la princesa.

El emperador decidió que si la princesa, que era sabia y sensata, aseguraba que esa era la rosa azul, lo sería. Y feliz porque vería a su hija casada, consintió la boda.

La princesa y el trovador se casaron y vivieron en una casa junto al mar, rodeada por un jardín lleno de rosas blancas.

Adaptación de Nilda Novo.



LOS ICEBERGS

LA caída de la nieve, es un hecho frecuente en las tierras polares, tanto en las boreales, como Groenlandia y Baffin, como en las australes, estando en este último caso el continente antártico o Antártida. Esta nieve se acumula en masas gigantescas que por compresión y otras causas, pasa al estado de hielo. Tampoco éste resiste la presión de las nuevas masas de nieve que continuamente se van depositando, y gracias a su plasticidad se desliza buscando las porciones más bajas del terreno, alcanzando finalmente el mar. Pero al penetrar en el agua, el hielo, que es más liviano que ella, tiende a flotar, y en consecuencia se quiebra para dar lugar a témpanos que con frecuencia tienen un tamaño colosal, y simulan montañas flotantes. En este caso se llaman a tales desprendimientos de hielo, icebergs (pronúnciese aisbergs), es decir montañas de hielo. Cabe destacar que sólo una pequeña fracción de la masa sólida es visible por encima del agua; el resto, permanece oculto, lo que hace peligrosa la aproximación de los navios hacia tales formaciones, causantes de no pocos naufragios.

PLANTAS ORIGINARIAS DE MÉJICO

EL territorio mejicano es, dentro de América, el que ha provisto de mayor número de plantas útiles al mundo civilizado. Ha proporcionado el henequén y el

agave, que dan preciosas fibras; numerosas especies tintóreas tales como el campeche, y es patria del tomate y probablemente del tabaco y el maíz. De Méjico, los españoles llevaron a Europa el mani, hicieron conocer el ananá, la patata, y difundieron numerosas variedades de tunas. Y finalmente son de Méjico numerosas plantas arbóreas, entre las que figura el árbol del hule, y de arbustos, entre los que se cuenta el guayule, preciosa planta cauchera. Y para cerrar la cuenta, algunas especies de frutales, y de plantas medicinales, han llegado a Europa desde tierra mejicana, y el algodón fue cultivado por los aztecas, antes del descubrimiento de América.

LOS VIENTOS MONZONES

EN los países bañados por el Océano Indico, el clima está caracterizado por la influencia que tienen los vientos en los cambios estacionales. Prácticamente existen dos estaciones, que corresponden respectivamente a periodos semestrales en que el viento sopla de la tierra al mar, o del mar a la tierra. En este último caso, el aire viene cargado de humedad y se producen benéficas lluvias, que a veces se retrasan, con gran peligro de las cosechas. Estos vientos de duración aproximadamente semestral se llaman monzones, y tienen su causa en las diferencias de la temperatura entre la tierra y el mar. Así, por ejemplo, en verano, en la India, el aire se recalienta y tiende a ascender, lo que favorece la llegada del monzón procedente del mar. En invierno las condiciones atmosféricas se invierten. Los monzones regulan la actividad agrícola y aun la comercial de las comarcas que afectan, como en otros tiempos regularon la navegación a vela.

DERIVADOS DE LA MADERA

LA destrucción de los bosques no sólo representa la desaparición de grandes riquezas en madera, sino la pérdida de una

gran cantidad de celulosa, o pulpa vegetal utilizada para la fabricación del papel; asimismo son aniquiladas enormes masas de trementina o aguarrás, de resina, de alquitrán, etc., productos todos derivados de la destilación de la madera. Hasta cierto punto los bosques representan siempre grandes reservas para diversas industrias, especialmente las químicas. Por esa razón muchos países, como Finlandia, Canadá, Noruega y otros, protegen celosamente sus florestas, y reglamentan en forma severa el corte de árboles.

LAGOS CRATÉRICOS

EN algunos conos volcánicos, después de haberse aquietado la actividad eruptiva han quedado profundos huecos que las aguas de lluvia, en forma gradual, han logrado rellenar formando lagos, a veces bastante extensos y profundos. Tales lagos pueden verse sobre antiguos cráteres volcánicos de Italia, como ocurre por ejemplo en los lagos llamados Albano, Bolsena, Trasimeno y otros; son conocidos también en los montes Eifel, de Alemania, en la cadena de Auvernia, de Francia, y se destaca por su gran tamaño el llamado Crater Lake, del noroeste de los Estados Unidos, de gran belleza panorámica, pero sometido a inviernos rigurosos. En general, todos estos lagos corresponden a volcanes que se consideran apagados.

Jorge Chebataroff.



ENTRETENIMIENTOS



UN BEBEDERO SENCILLO

Si tienes aves, puedes construir un bebedero con muy poco gasto, de manera que ellas tengan siempre agua limpia. Toma una lata cilíndrica, por ejemplo una lata de aceite que contenga cinco litros. Quítale una de las bases como si fueras a hacer un balde. A unos 6 cm del fondo, recorta un rectángulo de 10 cm de largo y 12 cm de alto. Sostén luego con alambres, de otra manera, una botella boca abajo, de modo que no toque el fondo; el pico debe quedar a unos 2 cm por debajo del borde inferior del corte practicado. La botella debe poder colocarse con facilidad para su llenado. Así sostenida la botella, la construcción del bebedero está terminada. Debes ahora echar agua en la lata hasta que se derrame por la abertura. Después, llenar la botella y, rápidamente, colocarla invertida en su soporte. Como ves en la figura, el pico queda sumergido en el agua de la lata. A medida que esta agua se va gastando, bajará la de la botella, y las aves podrán así beberla siempre limpia.

LA HERENCIA DEL GRANJERO

Un granjero dejó al morir 17 caballos para repartir entre sus tres hijos de la siguiente manera: al mayor la mitad, al segundo los caballos, al siguiente un tercio y al menor un noveno. Los jóvenes herederos desesperaban por repartirse los 17 caballos sin sacrificar ninguno. Un vecino ingenioso les ayudó a solucionar el problema. Si te ingeñas, tú también podrás realizar el reparto.



Soluciones del número anterior

UN VIAJERO SOBRE LA TIERRA. — El viajero no recorre la misma longitud con los pies que con la cabeza, pues ésta describe una circunferencia de radio mayor: El radio terrestre más la altura de la persona.

LOS NIÑOS AGUATEROS. — Para repartirse el agua en cantidades iguales, los niños proceden así: 1º) Llenan con el recipiente de 8 litros el de 5 l. 2º) Con este último llenan el de 3 l. 3º) Vuelven estos 3 l del recipiente más chico al de 8 l. 4º) Los 2 l que quedaron en el de 5 l, los vierten en el de 3 l. 5º) De los 6 l que quedan en el recipiente mayor, llenan el de 5 l. 6º) Completan ahora el contenido del recipiente de 3 l, dejando 4 l en el recipiente de 5 l. 7º) Vierten, finalmente, los tres l del recipiente más chico en el mayor, que contenía 1 litro. Los niños marchan, ahora, muy contentos con 4 l, de agua cada uno.



EL AUMENTO DE SUELDO

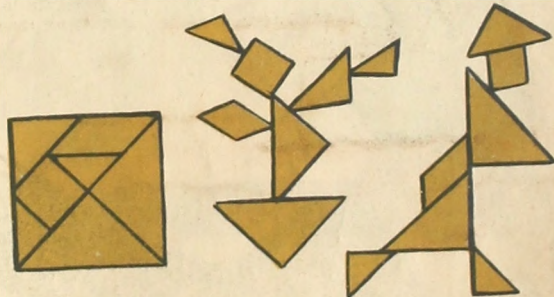
El gerente de una casa de comercio necesitaba una persona muy capaz para colocar al frente de una sucursal. Llamó entonces a los tres empleados más inteligentes que tenía y les ofreció el cargo. Les dijo que recibirían \$ 6.000 al año y un aumento anual, y les preguntó qué aumento preferían, si \$ 1.500 anuales o un aumento semestral de \$ 500. Dos respondieron que preferían el aumento anual de \$ 1.500, pero el tercero dijo que él prefería el aumento semestral de \$ 500. Fue éste el elegido porque era, sin duda, el más inteligente. ¿Te das cuenta por qué?

TANGRAMA: UN JUEGO CHINO

El juego llamado "Tangrama" o "Tengrama", especie de rompecabezas, es un antiguo juego chino. Consiste en formar figuras esquemáticas de flores, animales, objetos, o escenas con esos mismos elementos, utilizando figuras geométricas. Para ello, corta un cuadrado de cartón, el que puedes forrar con papel glacé negro, y divídelo según indican las líneas de la figura 1. Obtendrás siete piezas distintas. Trata de combinar estas piezas formando algunas de las figuras que aparecen en el grabado u otras muy variadas que tú puedes crear.

(Soluciones en el próximo número.)

Hugo Rodríguez.





ARTE DEL ANTIGUO PERÚ
 MOTIVO ORNAMENTAL DE LA CERÁMICA PERUANA.
 De "El Arte en la escuela", por Elena Izcue.

14